

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

UN PEDRUSCO DE 500.000 DOLARES

Joseph Berna



COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1388. — El pintor, la rubia y el osito.

En Colección **KANSAS:**

843. — La elección de miss Oklahoma.

En Colección **COLORADO:**

841. — Un osado californiano.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

164. — La heredera del Cinco Estrellas.

En Colección **BUFALO SERIE AZUL:**

256. — Me esperaba una tumba en Kansas City.

En Colección **PUNTO ROJO:**

785. — La chistera.

JOSEPH BERNA

UN PEDRUSCO DE 500.000 DOLARES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 788
Publicación **semanal**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 11.826 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1977

© Joseph Berna - 1977

texto

© Miguel García - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El ambiente, en el *living* del reducido apartamento, era el adecuado. Luces indirectas, muy tenues...

En el tocadiscos, automático y estereofónico, giraba el último long-play de Tommy King, el cantante de moda, no sólo allí, en Dallas, la ciudad en donde había nacido, sino en todo Texas.

Más aún: en todo Estados Unidos.

Tommy King era el nuevo ídolo de la juventud. Bonita voz...

Bonita música...

Bonitas letras...

Sus canciones, casi todas ellas dulces y románticas, hacían suspirar a las muchachas y enternecían a los jóvenes, incluso a los más rudos.

Jack Buchanan lo sabía.

Jack tenía veintisiete años, y era un tipo alto y atlético, no mal parecido, pelo castaño, ojos oscuros.

Jack era también un zorro.

Y estaba dispuesto a conseguir la presa que tenía al alcance de su mano. Al alcance de su zarpa, más bien, pues ya se ha dicho que era un zorro. De campeonato, además.

La presa era una joven encantadora de verdad. Se le podían conceder unos veintidós años.

Una edad maravillosa... Y

89-60-89.

Unas medias maravillosas también...

Sobre todo, teniendo en cuenta que la joven, de larga cabellera rubia y ojos verde esmeralda, era alta; alrededor de 1,72 de estatura.

La bella muchacha se llamaba Lauren Welby. Lauren...

Bonito nombre.

Jack Buchanan bajó un instante la mirada y la posó en las largas

extremidades inferiores de la joven, visibles hasta la mitad del muslo.

Bonitas piernas...

Jack levantó los ojos de nuevo y volvió a observar a la muchacha.

Ella descansaba la cabeza sobre la parte superior del respaldo del moderno sofá, y miraba hacia el techo, con dulce expresión, mientras sus manos acariciaban el vaso que contenía *whisky* con soda.

De pronto, dio un suspiro.

Jack sonrió.

El magnífico disco de Tommy King estaba logrando el efecto deseado.

La canción que en aquellos momentos se escuchaba, Lluvia de besos a la luz de la luna, había dejado a Lauren Welby a punto para recibir unos cuantos. Al menos, eso pensaba Jack Buchanan.

Y Jack Buchanan, muy experto él en cuestiones de faldas, no solía equivocarse casi nunca.

Por eso aproximó su cara a la de Lauren Welby y posó delicadamente sus labios sobre los de ella, suaves y cálidos.

La joven no le rechazó, lo cual pareció confirmar que el zorro de Jack Buchanan estaba en lo cierto: Lauren Welby deseaba que él la besase.

Tras el suave beso, Jack la miró a los ojos. En silencio.

Sonriendo levemente. Ella también le miró a él.

Como queriendo adivinar sus pensamientos.

—¿Por qué lo has hecho, Jack? —musitó.

—No lo sé —respondió él, que se había separado muy poco de la joven—. Lo que sí sé es que deseo volver a hacerlo —añadió, acercando de nuevo su boca a la de ella.

Lauren Welby levantó una mano y la puso sobre el pecho masculino.

Jack Buchanan se vio frenado y no pudo alcanzar los tentadores labios de la muchacha.

—Lauren... —murmuró, con gesto de sorpresa.

—¿Qué?

—¿No quieres que te bese?

—Por el momento, no.

—¿Por qué?

—Antes quiero conocerte mejor.

—¿Conocerme mejor?

—Sí. Anda, apártate.

—Lauren...

—No soy una chica fácil, Jack.

—¿Quién ha dicho que lo seas?

—Tú no lo has dicho, pero puede que lo pienses. Y si es así, Jack, estás muy equivocado.

—Lauren, te aseguro que yo no...

—Vuelvo a rogarte que te apartes, Jack.

—Está bien, está bien —gruñó él, separándose de ella. La joven le miró.

—Quiero decirte algo, Jack. Cuando, casualmente, nos conocimos esta tarde en aquel restaurante, me pareciste un joven atento, educado, y muy simpático. Por eso, cuando más tarde, me invitaste a tomar una copa en tu apartamento acepté. Y acepté porque estaba segura de que no intentarías propasarte conmigo.

—Y no me he propasado, Lauren —respondió Jack Buchanan, ceñudo.

—Me has dado un beso, Jack. Y te disponías a darme otro.

—¿Y eso es propasarse?

—Depende.

—¿De qué?

—De con qué intención me hayas besado.

—No lo hice con ninguna intención. Eres una chica muy atractiva, Lauren, supongo que ya lo sabes.

Ella sonrió coquetamente.

—Sé que no soy fea.

—¿Por qué te extrañas, entonces, de que sintiese deseos de besarte?

—De eso no me extraño, Jack. Es más, me parece lógico y natural. Jack Buchanan se quedó mirándola.

—Palabra que no te entiendo, Lauren.

—Te lo diré más claro, Jack: no me fío de ti.

—¿Qué no te fías de mí...?

—No lo suficiente como para permitirte ciertas cosas.

—Ya.

—Me entiendes ahora, ¿verdad?

—Oh, sí, está la mar de claro —respondió Jack, enfadado—. Tú piensas que yo te invité a tomar una copa en mi apartamento con el propósito de seducirte. ¿No es eso, Lauren?

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—No, Jack, no es eso.

—Sí, anda, confíésalo —gruñó él, visiblemente ofendido.

—Jack, si yo pensara que me has traído aquí para seducirme, me levantaría ahora mismo del sofá y me marcharía.

Jack Buchanan la miró, desconcertado.

—Te confieso que estoy hecho un lío, Lauren. Ella emitió una risita.

—¿Por qué, Jack?

—Dices que no te fías de mí, pero sigues aquí, a mi lado, solos los dos en mi apartamento...

—Así es.

—¿No te parece peligroso?

—Por el momento, no. Ya te he dicho que yo no creo que me hayas invitado a subir a tu apartamento con el propósito de seducirme. Y mientras tú no me des motivos para cambiar de idea, seguiré creyendo que eres un buen chico.

—Un buen chico del que tú no te fías, también eso lo has dicho. Lauren Welby sonrió de forma encantadora.

—Pórtate bien, y muy pronto me fiaré de ti.

—Pero es que yo no creo que darte un par de besos sea portarse mal, Lauren. ¿Qué hay de malo en ello?

—En los besos en sí, nada. Pero éstos pueden dar paso a otras caricias más... atrevidas, digamos, y la cosa podría acabar como yo no quiero que acabe.

—Si ves que voy más allá de los besos, me rechazas como antes y en paz.

—No, Jack, es mejor que te pare los pies ahora. Después, tal vez no podría... En esta ocasión, fue Jack Buchanan quien sonrió.

Y lo hizo con algo de presunción.

—Empiezo a entender, Lauren —dijo, mirándose las uñas de la mano izquierda.

—¿De veras?

—Soy un tipo bastante apuesto, y tienes miedo de abandonarte

en mis brazos como una colegiala. ¿Verdad que es eso, Lauren? Ella negó con la cabeza.

—Te equivocas de nuevo, Jack. Temo más al ambiente que nos rodea que a ti. Temo, concretamente, al fabuloso Tommy King. Escuchando sus canciones, es muy fácil perder la cabeza. Ponen a una... No sé cómo explicártelo, Jack.

La sonrisa de Jack Buchanan dejó de parecer presuntuosa.

—No necesitas explicármelo, Lauren, porque yo siento lo mismo que tú cuando escucho a Tommy King.

—¿De veras, Jack?

—Sí, Lauren. Creo que él tiene la culpa de que me haya atrevido a besarte. Y de que siga deseando besarte de nuevo.

—Entonces, será mejor que pongas otro disco —sugirió ella.

—No, Lauren. La canción que acaba de empezar ahora, Construyamos nuestro nidito de amor, Kathy, es una de las que más me gustan.

—Y a mí... —confesó la joven, con voz apenas audible, y seguidamente suspiró.

Jack Buchanan pensó que era el momento oportuno para lanzarse de nuevo al ataque. Y se lanzó.

Dejó su vaso de *whisky* con hielo sobre la mesa ratona y tomó a Lauren Welby por la cintura con un rápido movimiento.

—Si es cierto que no deseas que te bese, vale más que te marches, Lauren. No puedo estar hablando contigo del tiempo mientras escucho a Tommy King.

—Jack, por favor... —rogó ella, empujándolo hacia atrás, pero con escasa fuerza.

—Me gustas, Lauren.

—Jack...

—Y yo te gusto a ti, no lo niegues.

—No lo niego, pero...

—Escucha a Tommy King y calla, Lauren.

—Lo escucho, eso es lo malo... —musitó ella, dejándose abrazar por él.

—No digas nada, no hables.

Lauren Welby no pronunció una sola palabra más. En realidad, no podía pronunciarla.

Jack Buchanan la estaba besando en los labios.

Y muy expertamente, además.

Tan expertamente, que los labios de Lauren no pudieron permanecer quietos por más tiempo, y respondieron con pasión a la caricia.

Sin separar su boca de la de ella, el zorro de Jack se apoderó del vaso que sostenía la joven y lo dejó sobre la mesa.

Lauren, sin apenas darse cuenta, rodeó con sus brazos el cuello masculino y presionó.

«¡Ya la tengo en el bote!», exclamó para su adentros Jack, y comenzó a acariciar hábilmente a la joven.

A Lauren se le escapó un débil gemido de placer.

Tommy King seguía cantando Construyamos nuestro nidito de amor, Kathy.

Y Jack Buchanan con los expertos besos y las hábiles caricias. Lauren Welby emitió otro gemido.

Estaba perdida.

No tenía fuerzas para cortar aquella peligrosa situación. Ni ganas, eso era lo peor de todo.

Jack Buchanan podría llegar hasta el final con ella, si se lo proponía.

Y todo parecía indicar que eso era lo que quería: llegar hasta el final.

De pronto, cuando más abandonada se encontraba Lauren entre los brazos de Jack, el timbre del apartamento se puso a sonar.

CAPÍTULO II

Jack Buchanan interrumpió el besuqueo y rezongó una maldición.

—¿Quién diablos será a estas horas? —Gruñó.

—¡El Ángel de la Guarda! —exclamó Lauren Welby, con los ojos muy abiertos. Jack la miró como se mira a un bicho raro.

—¿Cómo has dicho? —murmuró.

—¡Que es el Ángel de la Guarda! —repitió Lauren, y le propinó un violentísimo empujón con las dos manos.

Jack, pillado por sorpresa, cayó del sofá y se dio contra el suelo. Desde allí, perplejo, exclamó:

—¡Lauren!

La joven saltó materialmente del sofá y, roja de ira, gritó:

—¡Calla, miserable!

—¿Eh...?

—¡Estabas a punto de seducirme! Jack sacudió la cabeza.

—Te equivocas, Lauren, yo no...

—¡Víbora, más que víbora!

—¡Lauren!

—¡Debería dejarte sin dientes de una patada! —gritó ella, echando la pierna derecha hacia atrás.

Jack reuló a cuatro patas.

—¡Cálmate, Lauren, por favor!

—¡No quiero calmarme, reptil! ¡Si no llega a ser por ese providencial timbrazo, a estas horas ya sería tuya, bandido!

—¡Te aseguro que no, Laura! Yo sólo pretendía...

—¡Sé muy bien lo que pretendías, canalla! ¡Y lo hubieras conseguido, por culpa de ese maldito de Tommy King!

—¡El, él es el único culpable de lo que ha pasado, Lauren! Se emborracha uno escuchando sus canciones, y ya no es dueño de sus actos. ¿Qué te parece lo que está cantando ahora? Tenemos toda la

noche para amarnos, Sally.

Lauren Welby apretó los puños con rabia y lanzó un rugido.

Corrió hacia el tocadiscos, atrapó el *long-play* de Tommy King y lo partió en dos, golpeándolo contra uno de los ángulos del tocadiscos.

Jack Buchanan, que no se decidía a ponerse en pie, exclamó:

—¡Te lo has cargado, Lauren!

—¡Debería hacer lo mismo con tu cabeza, rufián: partirla en dos!

Jack no se atrevió a replicar.

Lauren, cuya furia no remitía un ápice, se acercó rápidamente a la mesa ratona, atrapó su bolso, que descansaba en ella, y corrió hacia la puerta del apartamento.

—¡Espera, Lauren! —rogó Jack.

—¡Muérete, indeseable! —gritó ella, abriendo la puerta con brusquedad.

Se encontró con un hombre de unos cincuenta años, que vestía con distinción, y en cuyo rostro se reflejaba la sorpresa.

Lauren se quedó mirándolo un instante. De pronto, exclamó:

—¡Es usted mi padre, caballero!

Acto seguido le dio un sonoro beso en la frente y echó a correr escaleras abajo.

El hombre la siguió con los ojos hasta que ella se perdió por el hueco de la escalera. Después, se volvió hacia Jack Buchanan, mucho más sorprendido que antes.

Jack se estaba incorporando en aquel momento.

El hombre, que vestía con elegancia, no se decidía a entrar en el apartamento, en vista de lo cual, Jack fue hacia la puerta abierta.

Se detuvo ante él y lo escrutó detenidamente.

Su cara le resultaba familiar, aunque no podía recordar dónde lo había visto antes. Tampoco se esforzó demasiado en recordarlo.

—¿Sabe que es usted la mar de inoportuno, amigo? —dijo Jack, ceñudamente.

—Lo siento, lo siento de veras —respondió nerviosamente el cincuentón.

—Está bien, ya no tiene remedio.

El tipo distinguido se volvió hacia el hueco de la escalera y murmuró:

—¿Por qué dijo esa joven que yo era su padre?

—Porque su llegada fue muy oportuna. El hombre pestañeó.

—¿Oportuna...? ¿No acaba de decir usted que fue muy inoportuna?

—Inoportuna para mí, pero oportuna para ella.

—No lo entiendo.

—Ni falta que hace —gruñó Jack. El hombre tosió nerviosamente.

—Lamento haber sido inoportuno para usted, señor Buchanan. Porque es usted Jack Buchanan, ¿verdad?

—Desde hace veintisiete años.

—Mi nombre es Donald Reynolds —se presentó el cincuentón, sonriendo tímidamente. Jack no pudo reprimir un respingo.

—¿Ha dicho Donald Reynolds?

—Sí —asintió el hombre.

—¿El millonario?

—Sí —rió Reynolds.

—¡Con razón su cara me resultaba familiar! —exclamó Jack, riendo también—. Su fotografía apareció en todos los periódicos de Dallas no hace mucho.

—Sí, es cierto.

—Menuda sorpresa.

—¿Ya no está enfadado conmigo, señor Buchanan?

—No, ya no. Es más, siento haberme mostrado tan adusto con usted. Le ruego que me disculpe, señor Reynolds.

—Por favor... Si alguien tiene que pedir disculpas aquí, soy yo. Me he presentado en su casa a una hora de lo más intempestiva, por mi culpa usted y esa preciosa joven que le acompañaba han discutido acaloradamente, y...

—No hemos discutido por su culpa, señor Reynolds.

—¿De veras que no?

—De veras que no.

—Cuando pulsé el timbre, a través de la puerta sólo me llegaba el rumor de una agradable música, pero casi al instante empezaron los gritos... Por eso pensé que yo era el causante de...

—Le aseguro que no, señor Reynolds.

—Bueno, eso me tranquiliza —sonrió el millonario tejano.

—¿No quiere usted pasar, señor Reynolds?

—Sí, gracias —respondió Donald Reynolds, entrando en el

apartamento. Jack cerró la puerta y rogó:

—Tome usted asiento, señor Reynolds.

—Muchas gracias.

Donald Reynolds se sentó en el sofá.

—¿Le apetece tomar algo, señor Reynolds? —preguntó Jack.

—Se lo agradezco, señor Buchanan, pero últimamente no pruebo el alcohol. Tengo algunas molestias en el hígado, y mientras no desaparezcan por completo...

—Lo siento.

—Son cosas de la edad. Cuando tenía veinte años, bebía como un cosaco y no me dolía nada. Ahora, sin embargo, no puedo cometer excesos de ningún tipo.

—Oh, usted todavía es joven, señor Reynolds —dijo Jack, sentándose al lado del millonario.

—Ya he cumplido los cincuenta y dos años... —confesó Reynolds.

—Pues no aparenta más de cuarenta y cinco, se lo digo yo. Donald Reynolds se echó a reír.

—Qué más quisiera yo, señor Buchanan... Pero bueno, dejémonos de mi edad y hablemos del asunto que me ha traído aquí. Supongo que estará usted deseando saber de qué se trata, ¿no, señor Buchanan?

—Confieso que estoy muy intrigado, señor Reynolds.

—Es lógico. Por eso quiero ir al grano directamente, sin más demoras. Se trata del diamante Nefer-Nefer.

Jack Buchanan respingó sobre el sofá.

—¡No me diga que se lo han robado!

—Oh, no, tranquilícese.

—Menos mal.

—Pero temo que eso pueda ocurrir, señor Buchanan.

—¿En serio?

Donald Reynolds cabeceó afirmativamente.

—Sí, señor Buchanan. Como usted sabe, porque se publicó en los periódicos, el diamante Nefer-Nefer, 250 quilates y 52,3 gramos de peso, es uno de los más notables del mundo. Por eso accedí a pagar por él la suma de medio millón de dólares.

—Casi nada...

—Como es lógico, lo tengo bien custodiado. Pero no sé hasta

qué punto puede considerarse seguro. A veces pienso que no hay forma humana de llegar hasta él y llevárselo. Otras, en cambio, temo que sí, que un ladrón inteligente, experto, y decidido, tendría alguna posibilidad de apoderarse de él. De ahí mi inquietud y mi desasosiego, señor Buchanan. Créame si le digo que en las dos últimas semanas, no he podido dormir a gusto ni una sola noche.

—Es decir, desde que adquirió el valioso diamante...

—Exacto.

—Me hago cargo, señor Reynolds. Creo que yo tampoco podría dormir tranquilo si tuviera en casa un pedrusco valorado en medio millón de dólares. Lo que no comprendo es...

—Para qué he venido a verle, ¿verdad?

—Pues, sí.

—He venido a contratarle. Jack Buchanan parpadeó.

—¿A contratarme?

—Sí.

—¿Para qué recupere el pedrusco cuando éste le sea robado? ¿Tan seguro está usted de que van a...?

Donald Reynolds le interrumpió:

—No, señor Buchanan, no he venido a contratarle para que recupere el diamante Nefer-Nefer cuando éste me sea robado, sino para que me lo robe usted.

Jack se quedó de muestra.

—¿Para qué se lo robe... yo? —repitió, incrédulo.

—Para que lo intente al menos —sonrió el millonario—. Naturalmente, y suponiendo que consiga usted apoderarse del diamante, será un robo de mentirijillas. Usted me lo devolverá a los pocos minutos de haberlo robado.

Jack Buchanan se mostró ofendido.

—Yo soy investigador privado, señor Reynolds, no ladrón de joyas.

—Por Dios, señor Buchanan... Ya le he explicado que no será un robo verdadero.

—No quiero ser ladrón, ni siquiera de mentirijillas.

—Señor Buchanan, sólo se trata de comprobar si las medidas de seguridad que he adoptado para impedir el robo del diamante Nefer-Nefer, son o no son efectivas. ¿Qué hay de malo en ello?

—Puede que nada. Pero le repito que yo soy investigador

privado, no ladrón de joyas.

Para comprobar si las medidas de seguridad que ha adoptado usted para impedir el robo del pedrusco, son o no son efectivas, le aconsejo que contrate a un ladrón de verdad, el más experto que pueda conseguir.

Donald Reynolds rió.

—No puedo hacer eso, señor Buchanan.

—¿Por qué no?

—Porque lo más probable sería que el ladrón me lo robase de verdad, y me quedaría sin el diamante.

—¿Y qué? Luego me contrata usted a mí, como investigador privado, que es lo mío, y yo recupero el pedrusco.

El millonario rió de nuevo.

—No puedo arriesgarme, señor Buchanan. Jack volvió a mostrarse ofendido.

—¿Duda usted de mi capacidad, señor Reynolds?

—Oh, no, no piense eso. Sé que es usted un investigador muy competente, pese a que no lleva mucho tiempo dedicado a ello... De todos modos, sería absurdo correr riesgos teniendo en cuenta que no son necesarios. Seguro que usted, en mi lugar, tampoco los correría.

Jack Buchanan no respondió. Donald Reynolds preguntó:

—¿Acepta usted, señor Buchanan?

—No —respondió Jack, sin dudar un segundo.

—¿Por qué?

—Ya le he dicho la razón.

—Le pagaría bien, señor Buchanan...

—Ni aunque me ofreciese mil dólares aceptaría, señor Reynolds.

—Esa cantidad le entregaría en el caso de que usted no lograra robar el diamante Nefer-Nefer: mil dólares Si lo lograra, en cambio, le pagaría diez veces más.

Jack respingó:

—¿Diez mil dólares?

Donald Reynolds asintió con la cabeza.

—Diez mil dólares, señor Buchanan. Jack esbozó una sonrisa.

—Es usted un viejo zorro, señor Reynolds.

—¿Por qué dice eso?

—Si me ofrece tanto, es porque sabe que yo nunca lograría

apoderarme del pedrusco. Como muy bien señaló usted antes, sólo un ladrón inteligente, experto, y decidido, tendría alguna posibilidad de hacerse con el diamante.

—Usted es un hombre inteligente y decidido, señor Buchanan. Es lógico que no tenga experiencia como ladrón de joyas, puesto que jamás ha robado ninguna, pero todo buen investigador privado, y usted lo es, sabe cómo introducirse en una casa ajena sin ser visto ni oído. Y si es visto u oído, sabe cómo hacer frente a las dificultades.

—En su casa tendría que hacer frente a muchas.

—Cierto. Pero antes de introducirse en ella sabría usted qué tipo de dificultades iba a encontrar, porque yo mismo le hablaría de ellas, para facilitarle la labor. El modo de vencerlas, ya es cosa suya.

—Usted sabe que no las vencería todas, ni aun conociéndolas de antemano.

—Espero y deseo que no las venza, que no es lo mismo. Si estuviera completamente seguro de que no hay modo alguno de superarlas, no estaría aquí, dispuesto a contratarle. ¿Por qué iba a tirar mil dólares? Es lo que usted ganará aunque no logre robar el diamante, no lo olvide...

Jack Buchanan se acarició el mentón, pensativo.

—Me está usted liando, señor Reynolds —rezongó segundos después.

—¿Liendo?

—Convenciendo, maldita sea.

—No sabe cuánto me alegro, señor Buchanan —rió el millonario.

—Diez mil dólares son una suma realmente tentadora...

—El premio tiene que ser importante, para que usted se esfuerce al máximo en lograr su objetivo.

—Me esforzaré, no lo dude, aun sabiendo que las posibilidades de lograrlo son prácticamente nulas.

El rostro de Donald Reynolds se iluminó.

—¿Quiere decir que acepta, señor Buchanan?

—Sí, señor Reynolds. Los mil dólares que me entregará usted, aunque no logre robar el diamante Naser-Naser, tampoco me vendrán mal.

—Nefer-Nefer... —corrigió el millonario, riendo divertido.

—Oh, sí, eso —carraspeó Jack.

—Me alegro muchísimo de que haya acertado usted al fin, señor Buchanan.

—¿Por qué no empieza a enumerarme las dificultades que encontraré en su casa?

—¡Enseguida!

—Venga, soy todo oídos.

CAPÍTULO III

Jack Buchanan necesitó tres días para prepararse todo el material que precisaba para introducirse en la casa de Donald Reynolds e intentar apoderarse del diamante Nefer-Nefer.

Cuando el millonario le enumeró las dificultades que tendría que superar para lograr su objetivo, Jack estuvo a punto de volverse atrás, pues eran demasiadas y muy serias.

Pero no lo hizo.

Jack era un hombre de palabra, y como ya se había comprometido a hacer de falso ladrón de joyas, se vio en la obligación moral de seguir adelante.

Consultó su reloj.

Faltaban cinco minutos para las tres. De la madrugada, por supuesto.

Jack, que vestía pantalones y suéter de cuello alto negros, y flexibles y silenciosas botas del mismo color, dio una última chupada al cigarrillo y arrojó lo que quedaba de éste por la abierta ventanilla del coche, un «Dodge» negro.

Seguidamente atrapó el alargado maletín de cuero que descansaba junto a él, en el asiento, abrió la portezuela y descendió del vehículo.

Caminando por entre los árboles, alcanzó la tapia de rojos ladrillos que rodeaba la lujosa casa de Donald Reynolds, situada a unos veinte kilómetros de Dallas.

Jack se arrodilló y depositó el maletín en el suelo. Lo abrió.

Extrajo unas bolas blandas, de color carne, que permanecían en el interior de una pequeña bolsa de plástico.

Jack pasó la parte superior de la bolsa por debajo de su cinturón, negro también, y ésta quedó sujeta.

Cerró el maletín y se irguió.

Gracias a su elevada estatura, a Jack le resultó muy sencillo

alcanzar con sus manos la parte superior de la tapia e izarse a pulso.

Asomó la cabeza por encima de ella y dio una primera ojeada.

Las luces exteriores de la casa, que se alzaba majestuosa a unos cincuenta metros de la tapia, iluminaban suficientemente los alrededores de la misma.

Jack, por el momento, no encontró ninguna de las dos primeras dificultades que tenía que vencer, por lo que decidió saltar la tapia.

Bajó por el maletín, lo dejó sobre la tapia, y luego se alzó nuevamente él, descolgándose por el otro lado, silenciosamente.

Rápidamente atrapó el maletín y corrió a esconderse tras el seto más próximo a la tapia, donde quedó agazapado.

Apartó las ramas y observó por entre ellas.

No tardó en descubrir la primera dificultad que debía superar. Mejor dicho, un tercio de la primera dificultad.

Sí, porque sólo veía un perro. Y había tres.

Si los otros dos tenían el mismo tamaño que aquél... Era un can enorme.

Tal vez el fino oído del animal había detectado algún ruido, pues se acercaba cautelosamente al seto tras el cual se escondía Jack.

Éste desenganchó rápidamente la bolsa de plástico que contenía las bolas blandas de color carne y extrajo dos de ellas.

Sin dejarse ver, las arrojó hacia el caballo con cara de perro.

«Espero que se las coma, porque de lo contrario se me comerá a mí», pensó Jack. No, a él no se lo comería, aunque no se zampase las bolas.

Al menos, eso le había asegurado Donald Reynolds.

Según el millonario, aquellos perros se limitaban a sujetar entre sus poderosas mandíbulas el brazo de la persona desconocida, hasta que llegaban los hombres que custodiaban la casa y apresaban al intruso.

Eran dos.

Y estaban armados con pistolas.

Pero Donald Reynolds le había dicho que tenían Ordenes suyas de no disparar contra nadie que no fuese armado.

Y él no empuñaba arma alguna.

Si le descubrían, tratarían de cogerlo vivo. Jack miró por entre las ramas del seto.

El gigantesco chuco se había detenido junto a las bolas y las estaba olfateando. Debió resultarle agradable el aroma que despedían, pues se comió una.

Y a continuación, la otra.

«Buen provecho, amiguito», le deseó con el pensamiento Jack. Apenas unos segundos después, el perrazo se tendía en el suelo. Cerró los ojos.

Jack esperó un poco, hasta convencerse de que el perro estaba profundamente dormido, y luego corrió a lo largo del seto, siempre encogido, para no ser descubierto.

De pronto descubrió a los otros dos perros.

Jack se detuvo y los observó por entre las ramas del seto. Eran gigantescos también.

Estaban uno junto al otro, sentados en el césped, a unos quince metros de donde se había detenido Jack.

Éste les arrojó varias bolas.

Los perros, tras olfatearlas, se las zamparon. No tardaron en dormirse.

Jack Buchanan respiró aliviado.

La primera dificultad había sido superada.

«Veremos si también supero la segunda», se dijo Jack, y avanzó cautelosamente hacia la casa.

Pronto descubrió, frente a la casa, a uno de los hombres que vigilaban los alrededores de la misma.

Era de una complexión física impresionante.

Alrededor de dos metros de estatura y no menos de ciento veinte kilos de peso.

Casi nada.

Como para echar a correr, caso de tener que enfrentarse a él con los puños. Afortunadamente, Jack no pensaba liarse a puñetazos con nadie.

Sería demasiado ruidoso.

Jack abrió el maletín y extrajo varios objetos.

Eran las piezas de una ligera carabina con mira telescópica. Diseñada exclusivamente para disparar dardos.

Jack la montó en pocos segundos.

Seguidamente, introdujo un pequeño dardo en la recámara.

Apoyó la culata del arma en el hombro y apuntó

cuidadosamente al cuello del elefante con cara de hombre.

Si fallaba el disparo, podía despedirse de los diez mil dólares que le había prometido el millonario y tendría que conformarse con mil.

Jack contuvo la respiración.

Un par de segundos después, su índice diestro presionaba sobre el gatillo de la carabina.

No se escuchó ninguna detonación. Apenas un suave zumbido.

El tiarrón que estaba al servicio de Donald Reynolds se llevó la mano al cuello, se tambaleó unos segundos y luego se derrumbó pesadamente sobre el césped, el cual amortiguó su caída.

«Felices sueños, compadre», le deseó Jack, quien rápidamente introdujo otro dardo en la recámara de la carabina.

Intuyendo que el otro guardián se hallaría vigilando la parte posterior de la casa, Jack se dirigió rápidamente hacia allí, llevando en la diestra la carabina y en la izquierda el maletín.

No se equivocó. Allí estaba.

Era de corpulencia muy similar a la del otro individuo. Es decir, otro elefante con cara de hombre.

Jack le apuntó al cuello con su carabina.

Tampoco falló esta vez, y el hercúleo guardián se desplomó casi al instante, como su compañero, quedando inmóvil en el suelo, con los brazos abiertos.

Jack desmontó la carabina y guardó las piezas en el maletín.

Seguidamente corrió hacia el tipo, cuyas manos y pies ató con anchas tiras de cinta adhesiva, cubriéndole la boca a continuación.

Hizo lo propio con su compañero.

No era probable que despertasen antes de un par de horas, pero por si acaso...

Jack alcanzó rápidamente la puerta de la casa y se introdujo en ella, silenciosamente. En el amplio vestíbulo no había nadie.

Jack se dirigió a la escalera que se veía al fondo y ascendió sigilosamente hasta la planta superior.

Donald Reynolds le había dicho dónde se encontraba el diamante Nefer-Nefer: en el salón del piso alto.

También le había informado de que un hombre armado con una metralleta custodiaba la urna de cristal irrompible que protegía el valioso diamante.

El salón sólo tenía una puerta.

Había que cruzarla, pues, para llegar hasta el diamante. Era la dificultad más grande de todas.

Sí, porque sorprender al tipo que custodiaba el diamante, era totalmente imposible. Mantenía la puerta cerrada por dentro.

Con un fuerte cerrojo, además.

Para entrar en el salón, pues, no había más remedio que llamar antes y pedir al guardián que descorriese el cerrojo y abriese la puerta.

El tipo, como es lógico, sólo abriría en el caso de que quien llamase a la puerta fuese una persona conocida.

Es más, quizá sólo abriese al propio Donald Reynolds en persona.

Jack Buchanan tenía un plan: ya que no era posible sorprender al sujeto que custodiaba el diamante, trataría de engañarle.

¿Lo conseguiría?

Jack se decía que no tenía un tanto por ciento demasiado elevado de posibilidades de lograrlo.

Pero menos era nada, qué diablo. Ya se encontraba en el piso alto.

Caminó directamente hacia la puerta del salón en donde se hallaba el diamante Nefer-Nefer.

Se detuvo ante ella y llamó suavemente con los nudillos. Inmediatamente oyó pasos al otro lado de la puerta.

Una voz, bastante desagradable, inquirió:

—¿Quién es?

—Yo —respondió Jack, sin alzar demasiado la voz, para no ser oído por nadie más que por el guardián.

Éste debió quedar bastante sorprendido, pues tardó unos segundos en preguntar:

—¿Quién es «yo»?

—Mi nombre no te diría nada, amigo. Además, no deseo mencionarlo. ¿Y sabes por qué no deseo mencionarlo? Porque soy un ladrón de joyas. Sí, muchacho, como lo oyes. No he venido solo, ¿sabes? Me acompañan otros cuatro hombres. Dormimos a los perros y sorprendimos a los dos tipos que vigilaban los alrededores de la casa. Están bien, no te preocupes. No queremos hacer daño a nadie, a menos que sea preciso. Dos de mis compañeros vigilan a

los guardianes, a los que hemos atado de pies y manos. Los otros dos se han introducido en la alcoba de Donald Reynolds y le están apuntando con sus armas. Si tú abres la puerta y dejas que coja el diamante Nefer-Nefer, al señor Reynolds no le ocurrirá nada. Si te niegas, en cambio, nos veremos obligados a liquidar a todas las personas de esta casa y luego volaremos esta puerta con una carga de dinamita. Tú también morirías, muchacho. Por eso, si eres un tipo medianamente inteligente, me abrirás ahora mismo y no harás nada por impedir que me lleve el diamante. ¿Qué respondes, compañero?

El guardián no contestó.

Debía de estar meditando su respuesta. Jack, siempre a media voz, apremió:

—Vamos, decídetes de una vez. No podemos perder el tiempo.

—¿Qué... qué pasará conmigo? —preguntó el tipo.

—Nada, ya te lo he dicho. Si haces lo que te he ordenado, naturalmente.

—¿Seguro que no me liquidaréis?

—Te doy mi palabra.

—Es la palabra de un ladrón...

—Eh, tú, sin ofender, que mi palabra, aunque yo sea ladrón, vale tanto como la del mismísimo presidente de Estados Unidos. Además, no tienes más remedio que confiar en ella. De lo contrario, ya sabes lo que ocurrirá.

—Está bien, abriré —accedió el guardián.

—Sensata decisión —dijo Jack, sonriendo.

El tipo descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Jack, antes de entrar en el salón, pidió:

—Venga esa metralleta.

El sujeto, tan alto y tan fuerte como los otros dos tipos que Jack había dormido con los dardos, le entregó el arma.

—Camina hacia atrás unos pasos y tiéndete en el suelo, boca abajo —indicó Jack. El individuo obedeció sin rechistar.

Jack penetró en el salón y cerró la puerta.

Se acercó rápidamente al guardián y le ató las manos a la espalda, luego los pies, y después le cubrió la boca.

Seguidamente, se aproximó a la pequeña mesa, forrada de terciopelo rojo, que sostenía la urna que protegía el diamante Nefer-

Nefer.

—¡Qué pedrusco, madre! —exclamó Jack, maravillado por el tamaño del diamante y por los múltiples destellos que la joya despedía.

Sin perder un segundo más, abrió el cerrojo de la urna, utilizando una ganzúa, levantó la caja de grueso cristal, y se apoderó del diamante.

«¡Lo conseguí!» —exclamó para sí—. ¡Donald Reynolds tendrá que soltarme diez mil pavos!

Se guardó el diamante en el bolsillo del pantalón, atrapó el maletín, y abandonó rápidamente el salón.

Segundos después, salía de la casa.

Los dos guardianes continuaban dormidos. También los perros.

Jack saltó la tapia y corrió hacia su coche. Lo alcanzó.

Se disponía a abrir la portezuela, cuando vio surgir, por detrás de un árbol, a Donald Reynolds.

—Señor Buchanan —llamó el millonario, aproximándose.

—Hola, señor Reynolds.

—¿Cómo le ha ido? —inquirió Donald Reynolds, sin poder disimular su ansiedad. Jack se metió la mano en el bolsillo y extrajo el valioso diamante.

—¿Usted qué cree? —repuso, sonriendo.

Donald Reynolds miró la joya con ojos agrandados.

—¡El diamante Nefer-Nefer!

—Sí —rió Jack.

—¡Lo consiguió usted, señor Buchanan!

—Sí, lo conseguí. Y lo siento por usted tanto, como me alegro por mí. El millonario sonrió.

—No, no lo sienta, señor Buchanan. Usted ha demostrado que las medidas de seguridad adoptadas por mí, para impedir el robo del diamante Nefer-Nefer, son insuficientes. Y eso era lo que yo quería saber. Me ha prestado usted un inestimable servicio.

—Que le va a costar diez mil dólares... —recordó Jack.

—Los voy a pagar muy a gusto, créalo —aseguró Donald Reynolds, llevándose la mano al bolsillo interior de la chaqueta.

Extrajo su billetera.

Fue lo último que Jack vio: que el millonario sacaba su billetera.

Justo en aquel instante, alguien le golpeó en la parte posterior

de la cabeza. Fue un golpe seco, muy duro, propinado con un objeto metálico.

Jack Buchanan emitió un apagado gemido y se desplomó en el acto, privado totalmente del sentido.

CAPÍTULO IV

Un centenar de grillos se habían puesto a cantar todos a una.

Y habían escogido un mal lugar para ello: la cabeza de Jack Buchanan.

Al menos, ésta era la sensación que le producían al investigador la gran cantidad de sonidos que surgían de su cerebro, llenándole la cabeza entera.

Era un tormento insufrible.

Sin abrir los ojos, Jack Buchanan se llevó una mano a la frente. Mejor dicho: lo intentó.

Sí, porque no pudo llevar a cabo su propósito. Su mano se vio frenada bruscamente.

Al mismo tiempo, Jack sentía un tirón en la muñeca de la otra mano, la izquierda. Sin comprender nada, el investigador intentó abrir los ojos.

Lo consiguió, aunque no sin gran esfuerzo, pues cada párpado parecía pesarle cincuenta kilos.

Al principio, todo lo vio borroso, como si tuviera arena en los ojos.

Poco a poco, las imágenes se fueron aclarando y Jack pudo comprobar que se encontraba tendido de espaldas en el diván de un amplio y hermoso salón.

No se encontraba solo en la estancia. Había cinco personas más.

Y las conocía a todas menos a una.

Donald Reynolds, el millonario, que iba en pijama y se cubría con una elegante bata, el teniente Hendrix, el sargento Coughran, el guardián que custodiara el diamante Nefer-Nefer en el salón del piso alto, y una joven de pelo corto y rojizo...

Ésta era la única persona que resultaba desconocida para Jack. Y lo sintió.

Le hubiera encantado conocerla antes. Lo más íntimamente

posible.

Sí, porque la joven pelirroja no sólo tenía un rostro de lo más atractivo, sino también un cuerpo espléndido, que quedaba señalado con todo detalle bajo la ligera bata que llevaba puesta la preciosidad.

Jack apostó consigo mismo a que la muchacha no llevaba nada debajo de la bata. Quizá acababa de salir de la ducha.

«Quién fuera ducha...», pensó Jack, sin quitarle ojo a la apetecible pelirroja. Ella también le miraba.

Con seriedad, como todos los allí presentes.

Una pena, porque la joven debía tener sin duda una sonrisa maravillosa. Súbitamente, los frívolos pensamientos de Jack Buchanan se vieron interrumpidos.

El investigador había intentado mover la mano derecha, y de nuevo había visto cómo quedaba frenada, al tiempo que sentía un tirón en la muñeca izquierda.

Jack levantó la cabeza.

Sólo la mantuvo en alto un par de segundos, porque instantáneamente sintió un terrible agujonazo en el cerebro, como si acabasen de traspasárselo con un clavo.

No pudo reprimir un grito de dolor.

Apretó los puños con fuerza y luego los elevó los dos a la vez. Se los miró.

Volvió a ver lo que un instante antes le había dejado absolutamente perplejo.

¡Tenía las manos esposadas!

¡Como un vulgar delincuente!

¡Como un ladrón!

«¡Ladrón!», repitió para su adentros Jack Buchanan, respingando al mismo tiempo. Súbitamente lo recordó todo.

Él había llevado a cabo con éxito el robo del diamante Nefer-Nefer.

¡Robo, sí, pero de mentirijillas!

¿Acaso no se lo había devuelto pocos minutos después a Donald Reynolds, tal y como quedara acordado?

Y cuando éste iba a entregarle los diez mil dólares prometidos... ¡zas! Él recibió un tremendo golpe en el cogote y...

Punto final, porque ya no podía recordar nada más.

Donald Reynolds le diría lo que había pasado después de que él recibiese el golpe en la cabeza.

Olvidándose por completo de que ésta le dolía terriblemente, se incorporó y bajó las piernas del diván, quedando sentado en él.

Clavó los ojos en el millonario, extendió los brazos hacia él, e inquirió:

—¿Qué significa esto, señor Reynolds?

—¿Todavía tiene la desfachatez de preguntarlo, Buchanan?

—¿Desfachatez? —Pestañeó Jack.

—¿Dónde está el diamante Nefer-Nefer? —interrogó Donald Reynolds.

—¿Por qué me lo pregunta a mí?

—Porque fue usted quien lo robó. Rudy es testigo de ello.

Rudy era el tipo que custodiara el diamante metralleta en mano. Jack lo miró un instante.

—Sí, sé que él presencié cómo abría la urna y me apoderaba del pedrusco.

—Hace bien en admitir que robó el diamante, Buchanan —dijo el millonario—. De nada le hubiera servido negarlo.

—¿Negarlo...? ¿Y por qué iba yo a negarlo?

—Es algo que suelen hacer la mayoría de los ladrones, aunque las pruebas de sus delitos sean tan evidentes como lo son en su caso. Jack entrecerró los ojos.

—¿A qué estamos jugando, señor Reynolds?

—A nada, que yo sepa.

—Si no estamos jugando a nada, ¿por qué me pregunta a mí dónde está el diamante Nefer-Nefer?

—¿A quién voy a preguntárselo, si no? Usted lo robó, ya lo ha admitido, pero no lleva el diamante encima. Tampoco está en su maletín. —Reynolds lo señaló.

El maletín permanecía sobre una silla, abierto.

—¿Qué hizo con él, Buchanan? —interrogó el millonario.

—¿Pretende tomarme el pelo? —exclamó Jack, levantándose del diván.

—Sólo quiero saber dónde está el diamante Nefer-Nefer.

—¡Usted sabrá!

—¿Yo?

—¡Sí, usted, señor Reynolds! Yo sé lo devolví apenas unos

minutos después de haberlo robado. ¿O es que ya no lo recuerda?

Donald Reynolds sonrió irónicamente.

—Conque me lo devolvió, ¿eh?

—¡Sí, señor!

—Oh, qué ladrón de joyas tan bondadoso...

—¿Lo niega?

—¿A usted qué le parece? Jack apretó los dientes.

—Que me ha engañado usted como a un chino, señor Reynolds.

—No me diga... —repuso el millonario, sin abandonar su tono irónico.

—Sí, sí le digo. Me tendió usted una hábil trampa y yo he caído de lleno en ella. Pero no le va a servir de nada, señor Reynolds. El teniente Hendrix es un hombre inteligente, no se tragará el cuento que ha preparado usted.

—Usted es quien parece haber preparado un cuento, Buchanan. Yo también creo que el teniente Hendrix es un hombre inteligente, ¿sabe? Por eso estoy seguro de que no creerá una sola palabra de esa historia que se ha inventado usted.

—Ya verá cómo sí me cree, señor Reynolds. En cuanto le diga que...

—Por mí puede empezar usted a largarle el cuento cuando quiera, Buchanan. Jack miró al teniente Hendrix.

William Hendrix era un hombre de unos treinta y ocho años, alto, delgado, de nariz aguileña y mentón afilado.

Simpatizaba con Jack Buchanan.

No podía decirse lo mismo del sargento Coughran.

Ed Coughran, cuarenta y dos años, mediana estatura, mucho más corpulento que el teniente Hendrix, con cara de boxeador curtido en cien peleas, le tenía manía a Jack Buchanan.

Jack lo sabía.

Pero no se molestaba con ello.

Incluso bromeaba algunas veces con él, lo cual irritaba al sargento Coughran.

—Teniente Hendrix...

—¿Qué tiene que decirme, Buchanan?

—Que Donald Reynolds me contrató para que tratara de robarle el diamante Nefer-Nefer —informó Jack.

El millonario rompió a reír con fuerza.

—¡Que yo le contraté, dice...! —exclamó burlescamente. Jack apretó los maxilares.

Sentía deseos de pegarle un puñetazo a Donald Reynolds. Enormes deseos.

Pero se contuvo.

Volvió a mirar a William Hendrix.

—Es cierto, teniente. Naturalmente, el robo sería una farsa. Al menos, así me lo aseguró Donald Reynolds. Sólo se trataba de comprobar si las medidas de seguridad adoptadas por él para impedir el robo del diamante Nefer-Nefer, eran o no efectivas. Yo me negué en un principio, pero Donald Reynolds me ofreció mil dólares sólo por intentarlo, y diez mil si lo lograba, así que acabé por aceptar. Me acompañó la suerte, y logré llegar hasta el diamante y apoderarme de él. Segundos después de saltar la tapia, me encontré, cerca de donde había dejado mi coche, a Donald Reynolds. Yo le devolví el pedrusco y él hizo como que iba a pagarme los diez mil pavos. Justo en aquel momento, alguien me golpeó en la cabeza y perdí el sentido.

Donald Reynolds se puso a aplaudir.

—¡Bravo...! ¡Qué imaginación la suya, Buchanan...! ¿Por qué no se dedica usted a escribir novelas policíacas? Yo las compraría todas, se lo aseguro.

Jack lo fulminó con la mirada.

—A lo que yo debería dedicarme es a dar tortazos, y usted los recibiría todos, señor Reynolds.

El teniente Hendrix intervino:

—Buchanan, por favor...

—Lo siento, teniente, no he podido contenerme. Nunca me han gustado los embusteros, y Donald Reynolds es el mayor que he conocido jamás.

—¡No tolero que se me insulte en mi propia casa, teniente Hendrix! —gritó el millonario, furioso.

—Yo arreglaré esto, señor Reynolds —masculló el grandullón de Rudy, dando un paso hacia el investigador.

—Usted se quedará quietecito dónde está —ordenó el teniente Hendrix, apuntando al tanque humano.

—Yo le obligaría a decir qué hizo con el diamante Nefer-Nefer en un par de minutos —aseguró Rudy.

—Eso es cosa nuestra —replicó Hendrix.

—Como usted diga, teniente —gruñó Rudy—. Pero ordénele al tipo que sujete la lengua. No me gusta que insulten a las personas para las cuales trabajo.

William Hendrix se volvió hacia Jack Buchanan.

—No vuelva a insultar a Donald Reynolds, Buchanan —ordenó severamente.

—Descuide, teniente. Sobrevino un silencio.

Jack lo aprovechó para observar nuevamente a la bella pelirroja, que se hallaba a la izquierda del millonario.

Y cómo la observó.

Ella no se puso en absoluto nerviosa. Incluso pareció esbozar una sonrisa. Jack se apresuró a esbozar otra.

El teniente Hendrix rompió el silencio:

—Buchanan...

Jack se volvió hacia él.

—¿Sí, teniente?

—Su historia es bastante absurda, ¿no le parece?

—Sí, admito que lo parece, teniente. Pero es la pura verdad.

—¿Puede probar de algún modo que Donald Reynolds le contrató para robar aunque no fuera de verdad, el diamante Nefer-Nefer?

Jack tardó unos segundos en responder.

—Me temo que no, teniente.

—En ese caso —el gesto de Hendrix fue significativo. Jack sacudió la cabeza.

—Usted no puede creer que yo haya sido capaz de robar ese valioso diamante por mi cuenta teniente... ¿O sí?

William Hendrix encogió ligeramente los hombros.

—Me cuesta creerlo, lo confieso, pero las pruebas son tan concluyentes... Hasta existe un testigo y todo.

—¡De que lo robé, sí, pero no de verdad!

—Eso es lo que dice usted, Buchanan —habló por primera vez el sargento Coughran.

Jack lo miró.

—¿Y el golpe que me dieron en la cabeza? ¿No prueba eso nada, sargento?

Donald Reynolds terció:

—Yo le diré lo que prueba, Buchanan: que usted tiene un cómplice.

—¿Un cómplice? —repitió Jack.

—Seguro que sí. Una vez efectuado el robo, él le atizó en la cabeza y se largó con el diamante. Sin duda pensó que era mejor no repartir el producto del robo con usted, y se la jugó. ¿Sucedio así, Buchanan?

—No, señor Reynolds, no sucedió así, y usted lo sabe mejor que nadie, porque fue usted quien contrató al tipo que me atizó duro en la testa, para que actuara en el caso de que yo lograra apoderarme del diamante.

—No diga más estupideces, Buchanan. ¿No se da cuenta de que su historia es de lo más ridícula?

Jack no replicó esta vez.

¿Para qué?

De nada iba a servir.

Donald Reynolds lo había planeado todo magníficamente, no se le podía atacar por ningún lado.

El astuto millonario se quedaría con el diamante Nefer-Nefer y él iría a la cárcel, acusado de ladrón.

De pronto, cuando más abatido se hallaba, Jack Buchanan respingó cómicamente.

—¡Ya lo tengo, teniente! —exclamó.

—¿Qué es lo que tiene, Buchanan? —interrogó Hendrix.

—Antes de decírselo, quiero que le pregunte a Donald Reynolds si ha estado alguna vez en mi apartamento.

El teniente Hendrix se volvió hacia el millonario.

—¿Ha estado usted alguna vez en el apartamento de Jack Buchanan, señor Reynolds?

—¡Por supuesto que no! —respondió Donald Reynolds.

—¿Y me había visto usted antes de hoy, señor Reynolds? —preguntó Jack.

—¡No...! Ni ganas tampoco. Jack sonrió satisfecho.

—Bien, teniente Hendrix, ya sé cómo demostrar que Donald Reynolds es un embustero.

Mande a buscar a una joven llamada Lauren Welby. Vive en el 446 de la avenida McKinney. Al menos, eso me dijo.

—¿Qué tiene que ver esa joven con todo esto? —preguntó

Hendrix.

—Estaba conmigo, en mi apartamento, la noche que el señor Reynolds vino a contratarme —informó Jack—. Ella no sabe de qué hablamos el señor Reynolds y yo, pues se marchó al llegar él, pero eso es lo de menos.

Esa joven puede atestiguar que Donald Reynolds vino aquella noche a mi apartamento.

William Hendrix miró al millonario.

También Ed Coughran, el gigantón de Rudy, y la bella pelirroja. Donald Reynolds exclamó:

—¡Pero si ni siquiera sé dónde vive este hombre teniente...!

—Que traigan a Lauren Welby, teniente —insistió Jack. Hendrix se giró hacia Coughran y ordenó:

—Vaya por esa joven, sargento.

—Bien, teniente.

El sargento Coughran caminó con paso raudo hacia una de las puertas del salón y desapareció por ella.

CAPÍTULO V

En el salón de produjo un silencio.

Como el sargento Coughran tardaría un rato en regresar con Lauren, Jack decidió sentarse de nuevo en el diván.

Donald Reynolds gruñó algo que nadie entendió y se acercó al pequeño bar. Se sirvió una generosa ración de *whisky*.

Sin soda. Sin hielo.

Sin invitar a nadie.

Jack quedó bastante sorprendido.

—¿Ya le han desaparecido por completo las molestias que sentía en el hígado, señor Reynolds? —preguntó.

El millonario arrugó el ceño.

—¿De qué diablos habla? —Gruñó.

—Cuando estuvo en mi apartamento, me dijo usted que...

—¡Yo jamás he estado en su apartamento, Buchanan! —rugió Reynolds, descargando un puñetazo sobre la barra del bar.

Jack guardó silencio.

Tenía que admitir que el millonario era un magnífico actor. Pero de poco le iba a servir.

En cuanto el sargento Coughran llegase con Lauren... Sonrió ligeramente al pensar en la joven.

No había vuelto a verla desde aquella noche. Y creyó que no volvería a verla más.

Pero, mira por dónde, sí iba a verla de nuevo.

Aunque, ciertamente, le hubiera gustado más que fuese en otras circunstancias. En fin...

El teniente Hendrix se sentó en una butaca.

La joven pelirroja se dejó caer en otra y cruzó las piernas, lo cual hizo que la bata se le abriera.

Los ojos de Jack Buchanan se clavaron como dardos en el par de largos y torneados muslos que acababan de quedar visibles.

Y los del mastodonte de Rudy. Y los del teniente Hendrix. Tampoco ellos eran de piedra.

Y la visión era de lo más incitante.

La joven, sin darle ninguna importancia al hecho de haber quedado con las piernas al aire, alargó la mano hacia la mesa que tenía a su derecha, atrapó una cajetilla de cigarrillos y se llevó uno a los labios.

Le prendió fuego con el encendedor de gas que también descansaba sobre la pequeña mesa.

—Marjorie —se oyó gruñir a Donald Reynolds, que seguía en el bar. La deseable pelirroja se volvió hacia el millonario.

—¿Sí, papá? —Te recuerdo que no estás en un desfile de *misses*.

—¿Qué?

—¡Que te cruces la bata, maldita sea!

Marjorie, la única hija de Donald Reynolds, se cubrió las piernas con evidente desgana.

«¿Si las tengo bonitas, por qué no puedo enseñarlas?», debía de estar pensando. Miró a Jack Buchanan.

Le sonrió pícaramente.

Jack, además de devolverle la sonrisa, rogó:

—¿Le importaría darme un cigarrillo, Marjorie?

—En absoluto —respondió ella—. ¿Quiere que se lo encienda yo?

—Si hace el favor...

La hija del millonario encendió otro cigarrillo, se levantó de la butaca y se acercó al investigador.

Se lo puso entre los labios.

—Gracias, Marjorie —sonrió Jack.

—De nada, señor ladrón —repuso ella, en un tono que no tenía nada de ofensivo. Pese a ello, Jack se puso serio.

—No soy un ladrón, Marjorie.

—¿Seguro?

—Le doy mi palabra. Lo único que he robado yo en esta vida, es algún beso a una chica bonita.

—Ese tipo de ladrones son los que me gustan a mí —confesó Marjorie, en tono bajo, para no ser oída más que por el investigador.

Jack volvió a sonreír.

—Me cae usted simpática, Marjorie, Mucho más que su padre.

—También usted a mí me agrada, Jack. ¿Puedo sentarme a su lado?

—Está usted en su casa, Marjorie. Y además de verdad... La hija del millonario se sentó en el diván.

Y cruzó las piernas.

Y la bata se le abrió de nuevo. Y otra vez las piernas al aire.

—¡Marjorie! —gritó Donald Reynolds.

—¡Sí, ya sé, ya sé! —respondió la joven, molesta, cubriéndose de nuevo los formidables miembros inferiores.

Jack carraspeó levemente. Marjorie murmuró:

—¿Ha visto qué padre más chapado a la antigua tengo, Jack? Todavía piensa que mostrar las piernas es una cosa fea.

—Ya me he dado cuenta, ya.

—No pensará usted igual, ¿verdad?

—Le aseguro que no.

Ella se le quedó mirando.

—¿Sabe una cosa, Jack?

—¿Qué?

—Me gustaría que saliera usted bien librado de ésta. Jack puso cara de sorpresa.

—¿Se da cuenta de lo que dice, Marjorie?

—Sí.

—Para que yo salga con bien de esto, su padre tendrá necesariamente que quedar mal...

—¿Por qué?

—Entre otras cosas, porque él me contrató para que robara el diamante, y ahora lo niega.

—No puedo creer que mi padre le contratara, Jack.

—Lógico, porque es usted su hija. Pero le juro que cuánto he dicho al teniente Hendrix es cierto, Marjorie.

—¿No pudo ser alguien que se parezca mucho a mi padre?

Jack miró a Donald Reynolds, quien ya casi había apurado todo el *whisky* que minutos antes se sirviera en el largo vaso.

—No, Marjorie. Fue él, estoy seguro. Y Lauren Welby confirmará que su padre estuvo en mi apartamento.

—Hábleme de ella, Jack.

—¿De Lauren?

—Sí.

—¿Qué quiere saber, exactamente?

—¿Es bonita?

—Sí, mucho.

—¿Bien formada?

—Tiene una figura perfecta.

Marjorie Reynolds compuso un mohín de enfado.

—Qué poco tacto tiene usted, Jack.

—¿Por qué dice eso?

—Hombre, no está bien que delante de mí, que físicamente tampoco estoy nada mal, elogie tanto la belleza y perfección de formas de esa amiga suya.

Jack tosió ligeramente.

—Disculpe, Marjorie. Le aseguro que no quise...

—La culpa es mía, por preguntarle.

—Hablemos de usted, si lo prefiere.

—No, todavía no. Antes me gustaría saber qué significa esa Lauren para usted.

—Nada en absoluto.

—¿Seguro?

—Pero, si sólo la he visto una vez... —rió el investigador.

—¿De veras?

—Sí, de veras.

—Me alegro.

—¿De qué sólo la haya visto una vez?

—De que no signifique nada para usted, Jack.

—¿Por qué, Marjorie?

La hija del millonario exhibió una sonrisa embaucadora.

—Lo sabrá si logra salir del lío en que se haya metido. Jack suspiró.

—Espero salir, Marjorie, espero salir...

—Bien, ya podemos hablar de mí, si quiere.

—Sí, me gustaría.

Jack y Marjorie siguieron conversando como dos buenos amigos, sin importarles en absoluto la presencia de Donald Reynolds, del teniente Hendrix, y del gorila de Rudy. Minutos después, el sargento Coughran estaba de vuelta, llevando consigo a Lauren Welby.

La joven, que se veía un tanto pálida, se quedó parada al

descubrir a Jack Buchanan. Y verlo esposado, además.

El teniente Hendrix se puso en pie.

También Jack.

Marjorie, en cambio, continuó sentada en el diván, observando atentamente a la recién llegada, que vestía unos ceñidos pantalones, de color verde claro, y un moderno blusón. La hija de Donald Reynolds tuvo que admitir que Jack Buchanan no había exagerado un ápice al hablar del físico de Lauren Welby.

—Lauren... —pronunció Jack.

—Cállese, Buchanan —ordenó el teniente Hendrix. Jack obedeció.

Hendrix se acercó a Lauren Welby.

—¿Señorita Welby?

—Sí... —respondió quedamente la joven, cuyo nerviosismo era evidente.

—Soy el teniente Hendrix.

—¿Qué es lo que ocurre, teniente? ¿Por qué me han hecho venir a esta casa?

—Jack Buchanan está en un apuro, y parece ser que sólo usted puede ayudarle a salir de él —explicó Hendrix—. ¿Recuerda haber visto antes a aquel caballero señorita Welby? —le señaló a Donald Reynolds.

La joven miró por primera vez al millonario.

Éste resistió el examen muy tranquilo, sin un pestañeo. Segundos después, Lauren Welby respondía:

—No, teniente. Es la primera vez que le veo.

CAPÍTULO VI

Los ojos de todos se volvieron hacia Jack Buchanan.

El investigador se había quedado con la boca abierta. Como un perfecto idiota.

Mirando fijamente a Lauren Welby.

El teniente Hendrix, sin apartar la mirada de Jack. Buchanan, preguntó:

—¿Está segura, señorita Welby?

—Sí, teniente —respondió la joven—. Absolutamente segura.

—¡Lauren...! —gritó Jack, sin salir de su perplejidad—. ¿Cómo puedes negar que...? ¡Si llegaste a decir que era tu padre, y le diste un beso en la frente...!

—¡Su padre...! —exclamó Donald Reynolds, rompiendo a reír con ganas.

—Caramba, ahora resulta que tengo una hermanita... —dijo Marjorie, riendo también. El sargento Coughran y el gigantesco Rudy no pudieron contenerse la risa tampoco.

El teniente Hendrix, en cambio, continuó serio, observando cada gesto de Jack Buchanan.

Éste, haciendo caso omiso de las risas burlonas que sonaban en el salón, se acercó a Lauren Welby.

—¿Qué es lo que ocurre, Lauren? ¿Acaso tú también formas parte del plan urdido por Donald Reynolds?

—¿Quién es Donald Reynolds? —preguntó ella.

—Yo soy Donald Reynolds, señorita Welby —intervino el millonario, aproximándose a la joven—. Y es un placer para mí saludarla, un verdadero placer.

—Lauren... —murmuró Jack.

La muchacha miró de nuevo al investigador.

—¿Te pagó Donald para que negases qué...?

—A mí no me ha pagado nadie, Jack.

—Entonces, ¿por qué dices que no le habías visto antes? No puedes haber olvidado que gracias a su llamada, o por culpa de su llamada, según se mire, tú y yo no seguimos adelante con...

—¡Calla, no me lo recuerdes! —le interrumpió ella, enrojeciendo visiblemente.

—Tengo que hacerlo, Lauren, porque tú parece haber perdido la memoria.

—¡Otra cosa es lo que estuve a punto de perder, y ya sabes a qué me refiero! Jack emitió una tosecita.

—Por culpa de Tommy King, Lauren.

—¡Y un cuerno!

—¡Lauren!

—¡Estaba en tus brazos, no en los suyos! Jack sonrió suavemente.

—Creo que ya sé por qué niegas haber visto antes a Donald Reynolds, Lauren. No es porque él te pagara con ese fin, sino simplemente para perjudicarme. Quieres vengarte de mí, ¿verdad? No me perdonas lo de la otra noche.

—¡No, no te lo perdono! Pero estás equivocado. Jack.

—¿En qué estoy equivocado?

Lauren Welby se mordió los labios nerviosamente.

—¿Si he negado haber visto ante?, a este hombre —miró un instante a Donald Reynolds—, no ha sido para perjudicarte, sino todo lo contrario...

Jack respingó.

—¿De veras lo hiciste porque creías estar ayudándome a salir del apuro?

—Sí —musitó ella, bajando la mirada.

Donald Reynolds había dejado de mostrarse risueño. Marjorie, su hija, parecía desconcertada.

Desconcierto, también, reflejaban las expresiones del sargento Coughran y del musculoso Rudy.

El teniente Hendrix, severamente, inquirió:

—¿Quiere decir que sí había visto antes al señor Reynolds?

—¡Pues claro que lo había visto! —respondió Jack—. ¿No se lo había dicho yo?

—¡La pregunta no iba para usted, Buchanan! —Se enfadó Hendrix. Jack carraspeó.

—Lo siento, teniente.

William Hendrix volvió a dirigirse a Lauren Welby.

—Responda a mi pregunta, señorita Welby. La joven, un poco asustada, contestó:

—Sí, había visto antes al señor Reynolds.

—¡Miente! —rugió el millonario.

—¡Estoy diciendo la verdad!

—¡Embustera!

—¡Oiga, el embustero será usted!

—¡Lo es, Lauren, lo es! —intervino Jack.

—¡A callar todo el mundo! —gritó el teniente Hendrix, furioso. La orden de William Hendrix fue obedecida.

El silencio, sin embargo, era de lo más tenso, y amenazaba con romperse de un momento a otro.

El teniente Hendrix, después de pasarse la mano por la boca, se encaró con Lauren Welby.

—¿Cuándo vio usted a Donald Reynolds, señorita Welby?

—El martes por la noche —respondió la joven.

—¿A qué hora?

—Sobre las once menos cuarto, poco más o menos.

—¿En el apartamento de Jack Buchanan?

—Sí. Bueno, para ser más exactos, en la puerta del apartamento. Me lo encontré allí al salir. No sé si él entró o no en el apartamento, pues no me quedé para verlo.

—¿Por qué mintió antes?

—¡Pero si antes no mintió, teniente! —gritó Donald Reynolds, exasperado—. ¡Es ahora cuando está mintiendo!

—¡El que está mintiendo es usted! —replicó Lauren, indignada.

—¡Falsa, más que falsa!

—¿A que le arañó la cara? —amenazó la joven, mostrándole las uñas.

El millonario, instintivamente, dio un salto hacia atrás.

Rudy se apresuró a sujetar a la muchacha por las muñecas.

—Quieta, gatita —masculló.

—¡Suélteme usted, cara de petaca!

—¡Suéltela, Rudy! —ordenó el teniente Hendrix, cogiendo por un brazo gigante. Tuvo la sensación de que cogía un tronco de pino.

Rudy no obedeció.

Le había sentado muy mal el insulto de la joven.

Por eso presionaba más de la cuenta, con sus dedos de acero, sobre las frágiles muñecas de la muchacha.

Lauren dio un gritito de dolor.

—¡Que me hace daño, animal! —advirtió. El teniente Hendrix barbotó:

—¡Le he dicho que la suelte, Rudy!

—Me ha insultado, teniente —masculló el tipo.

—¡Écheme una mano, sargento! —pidió Hendrix.

—¡Voy!

No hizo falta que el sargento Coughran interviniese, pues Jack Buchanan levantó una pierna y la dejó caer con fuerza sobre el pie derecho de Rudy.

Éste emitió un aullido y se puso a saltar a la pata coja, con la cara arrugada de dolor. Finalmente se dejó caer en una butaca, donde siguió quejándose de forma exagerada. El teniente Hendrix estaba perplejo.

—¿Qué le hizo usted, sargento? —murmuró, los ojos fijos en Rudy.

—Yo, nada, teniente —respondió Coughran—. Fue cosa de Buchanan.

—¿Buchanan? —Respingó Hendrix, volviéndose hacia el investigador.

—¡Sí, teniente, yo lo vi! —Corroboró Donald Reynolds—. ¡Le dio un tremendo pisotón!

—Estaba lastimando a Lauren —se justificó Jack, tras un carraspeo.

—Aun así, no debió usted intervenir, Buchanan —recriminó Hendrix—. El sargento Coughran y yo nos bastábamos para solucionar el problema.

—¡Cuidado, Jack! —chilló Marjorie Reynolds, saltando del diván. Jack se giró en el acto.

Aquella especie de mole humana que era Rudy se dirigía hacia él con la fuerza de un ciclón.

Dispuesto a convertirlo en gelatina, seguro.

«¡Socorro, teniente!», le entraron ganas de gritar a Jack, pues no podía olvidar que tenía las manos esposadas, y así era muy difícil defenderse del ataque de un bestia como aquél.

—¡A él, sargento! —gritó Hendrix, convencido de que no serviría de nada ordenarle al encolerizado Rudy que se detuviese.

Ed Coughran se arrojó sobre el tractor humano, tratando de frenarlo. No lo consiguió.

Rudy se lo quitó de encima con una facilidad asombrosa, tirándolo al suelo con estrépito.

El teniente Hendrix se lanzó valientemente también sobre el enfurecido empleado de Donald Reynolds, pero tampoco consiguió detenerlo.

Rudy lo tiró al suelo con gran violencia, como al sargento Coughran, y siguió avanzando hacia Jack Buchanan.

—¡Apártate, Lauren! —gritó Jack, empujando a la joven.

Lauren tropezó con Marjorie, y ambas estuvieron a punto de caerse al suelo. Marjorie chilló:

—¡Papá, ordena a Rudy que se detenga!

—¡No me haría ningún caso, hija! —respondió el millonario—. ¡Jack Buchanan le ha triturado el pie, y es lógico que quiera vengarse!

—¡Le destrozará!

—¡No será tanto, Marjorie, ya verás! —rió Donald Reynolds, a quien no había duda que le divertía aquella situación.

Rudy se arrojó sobre Jack Buchanan.

El investigador, con una agilidad increíble, saltó hacia su derecha en el instante justo, y los brazos del grandullón sólo encontraron el vacío, lo cual hizo que se estrellara de bruces contra el suelo, con gran violencia.

Jack pegó otro ágil salto, esta vez hacia Rudy, sobre cuya espalda apoyó el pie derecho, para, inmediatamente después, elevarse de nuevo y dejarse caer sobre la cabeza del empleado de Donald Reynolds.

No, no pisó la cabeza de Rudy, como el teniente Hendrix, el sargento Coughran, Donald Reynolds, Marjorie y Lauren pensaron.

Jack se había dejado caer con los pies ligeramente separados, algo menos de un palmo, por lo que éstos no golpearon la testa de Rudy, sino que se limitaron a rozarla.

Pero como dicha rozadura, muy ajustada, se produjo sobre las orejas de Rudy, éste lanzó un bramido ensordecedor, pues tuvo la sensación de que se las habían arrancado las dos de cuajo.

Tras «calentarle» los apéndices auriculares de forma tan original, Jack Buchanan dio un nuevo salto y cayó casi dos metros más allá de la cabeza de Rudy, antes de que éste le atrapara las piernas y le hiciera algún nudo con ellas.

—¡Bien por Jack! —exclamó Lauren, y se puso a aplaudir de alegría.

—¡Bravo, bravo! —gritó Marjorie, aplaudiendo también.

—¡Gracias, preciosas! —respondió Jack, saludándolas a las dos con las manos en alto y entrelazadas, como saluda un boxeador al público al ser declarado vencedor de la pelea.

El teniente Hendrix y el sargento Coughran, que acababan de ponerse en pie, corrieron hacia Rudy, el cual se retorció en el suelo, cogiéndose los castigados órganos auditivos.

Lo sujetaron uno de cada brazo.

—¿Le colocamos las esposas, teniente? —sugirió Coughran.

—Sí, será lo mejor —asintió Hendrix, echando mano de las suyas, pues las del sargento las llevaba puestas Jack Buchanan.

Donald Reynolds protestó:

—¡No pueden hacer eso, teniente!

—Este hombre es peligroso, señor Reynolds —respondió Hendrix. Y tan peligroso.

Como que antes de que William Hendrix le colocara las esposas, le propinó un violento golpe en el pecho y lo hizo rodar por el suelo del salón como una pelota.

Ed Coughran no corrió mejor suerte.

También él se vio lanzado lejos, con terrible fuerza.

Rudy emitió un bramido de elefante rodeado por el fuego y se puso en pie de un salto, con las orejas rojas como tomates y mucho más gordas que antes.

Lauren y Marjorie chillaron a dúo al ver que Rudy se arrojaba de nuevo sobre Jack Buchanan, con cara de desear comérselo vivo.

Por fortuna, el investigador volvió a demostrar que poseía una agilidad y unos reflejos muy poco corrientes, y logró esquivar su embestida, desplazándose, en esta ocasión, hacia su izquierda.

Rudy se vio otra vez de bruces en el suelo, lo cual acrecentó su furia, si es que ello era posible.

Jack saltó de nuevo sobre su espalda y repitió la acción de antes, con la única diferencia de que esta vez sus pies sí cayeron sobre la

cabeza del gigantón, cuya frente chocó contra el suelo con mucha fuerza.

Dio la impresión de que era un martillo pilón lo que golpeaba contra el brillante suelo del salón.

Tan tremendo fue el choque, que Rudy perdió el sentido en el acto.

—¡Y sin utilizar las manos! —puntualizó Lauren, no menos perpleja que la hija del millonario.

Jack sonrió.

—Yo soy así de genial.

El teniente Hendrix y el sargento Coughran se incorporaron, el primero con alguna dificultad.

—¿Se encuentra bien, teniente? —preguntó Coughran.

—Sí, no se preocupe —respondió Hendrix, masajeándose el pecho. Mirando con severidad a Donald Reynolds, recriminó—: ¿Por qué no detuvo usted a su empleado, señor Reynolds?

—¿De qué modo, teniente...? —repuso el millonario, quien no podía disimular la contrariedad que le había producido al ver a Rudy derrotado limpiamente por el investigador, pese a la inferioridad de condiciones de éste—. De palabra, hubiese sido inútil, pues no me habría obedecido. Y de hecho, también, pues no soy un hombre joven, ni experto en peleas. Me hubiera hecho rodar por el suelo, como a usted y al sargento Coughran.

—A usted no le hubiera atacado, señor Reynolds —intervino Jack.

—Yo no estoy tan seguro, Buchanan —respondió Reynolds—. Además, si hay un culpable de lo sucedido, ése es usted. Si no le hubiese propinado aquel brutal pisotón a Rudy...

—¡Si el bruto de Rudy no me hubiese triturado las muñecas, Jack no habría intervenido! —terció Lauren Welby.

—¡Y si usted no me hubiese amenazado con arañarme la cara, Rudy se habría estado quieto como una estatua! —replicó el millonario.

—¡Usted me llamó falsa! —recordó la joven.

—¡Porque lo es!

—¡La única persona falsa que hay aquí, es usted, señor Reynolds! ¡Y perdone por lo de señor!

—¡Váyase al diablo, señorita!

—¡Váyase usted, so grosero!

—¡Basta! —gritó el teniente Hendrix, con gesto autoritario. Tanto Donald Reynolds como Lauren Welby guardaron silencio. Hendrix, mirando al millonario, indicó:

—Ordene que se lleven a Rudy, señor Reynolds.

—Eso, eso —aprobó Jack—. No sea que se despierte y tengamos follón otra vez. Donald Reynolds se acercó a la pared y oprimió un botoncito rojo.

Segundos después, aparecía el mayordomo, un tipo delgado, de mediana edad, impecablemente uniformado.

—¿Llamaba, el señor?

—Sí, Roger. Di a Bric y a Lou que vengan aquí.

—Enseguida, señor.

El mayordomo se retiró.

Poco después hacían su aparición Bric y Lou, los dos guardianes encargados de vigilar los alrededores de la casa.

Ambos quedaron muy sorprendidos al ver tendido en el suelo, inmóvil, a su compañero.

—Llevaos a Rudy —indicó Reynolds.

—¿Qué le pasó? —preguntó Bric.

Jack Buchanan se anticipó a la respuesta del millonario:

—Estaba sentado en una butaca y se cayó, con tan mala fortuna, que casi se partió la cabeza.

Donald Reynolds masticó con los ojos al investigador.

—¡Lleváoslo, vamos! —ordenó.

Bric y Lou, perplejos por la respuesta de Jack, cargaron con su compañero y abandonaron el salón.

El teniente Hendrix se pasó la mano por la nuca, donde también sentía algunas molestias, y dijo:

—Bien, vamos a ver si podemos aclarar de una vez este maldito embrollo. Mi primera pregunta ha de ser necesariamente para usted, señor Reynolds. ¿Dónde estaba el martes por la noche, exactamente a las once menos cuarto?

El millonario titubeó.

Después de mirar brevemente a su hija, respondió:

—En casa de una amiga, cuyo nombre prefiero no mencionar.

—Pillín, pillín... —dijo Marjorie, riendo. El teniente Hendrix advirtió:

—Tendrá que mencionar el nombre de esa amiga suya, señor Reynolds, y decirnos también dónde vive, para que podamos comprobar si es cierto que estaba con ella a esa hora.

Donald Reynolds elevó orgullosamente la barbilla.

—¿Acaso duda usted de mi palabra, teniente?

—Ni dudo ni dejo de dudar. Jack Buchanan afirma que usted estuvo en su apartamento el martes por la noche, y tiene como testigo a la señorita Welby.

—Ambos mienten, teniente.

—Ayúdeme usted a demostrarlo, señor Reynolds, revelándome el nombre de esa amiga suya —insistió Hendrix.

El millonario cabeceó en sentido negativo.

—No puedo decírselo, teniente, lo siento.

—Si no me lo dice, me veré obligado a dejar a Jack Buchanan en libertad —advirtió Hendrix.

Donald Reynolds miró al investigador. Y no precisamente con simpatía. Algunos segundos después, mascullaba:

—Muy bien, teniente, déjelo usted en libertad.

CAPÍTULO VII

El teniente Hendrix se volvió hacia el sargento Coughran e indicó:

—Sargento, quítele las esposas a Buchanan. Ed Coughran pestañeó.

—¿Lo dice en serio, teniente?

—¿Tengo cara de estar bromeando, sargento? —Gruñó Hendrix.

—No, señor.

—Pues haga lo que le he dicho.

—Sí, señor.

Coughran se buscó la llave de las esposas.

Jack Buchanan ya había extendido los brazos hacia él, muy sonriente. Lauren Welby también sonreía.

Y Marjorie Reynolds.

Donald Reynolds, en cambio, tenía una cara de vinagre que invitaba a reírse.

—No habrá perdido la llave, ¿verdad, sargento? —dijo Jack.

—Me alegraría —rezongó por lo bajo Coughran.

—¿Qué ha dicho, sargento? —inquirió Hendrix. Ed Coughran tosió.

—Que me apenaría haber perdido la llave, teniente —rectificó.

—Me había parecido oír otra cosa.

—Pues fue eso lo que dije, señor.

—Es cierto, teniente —corroboró Jack, aunque había oído perfectamente la frase del sargento.

—Aquí está la llave —dijo Coughran, que había logrado al fin dar con ella.

—Adelante, sargento —sonrió Jack.

Ed Coughran abrió las esposas y el investigador quedó en completa libertad de movimientos.

Jack, mirando al teniente Hendrix, dijo:

—Gracias por creerme, teniente.

—Yo no he dicho que le crea, Buchanan —puntualizó Hendrix—. Si está usted libre, es gracias a la señorita Welby. Y también, paradójicamente, al señor Reynolds, que no ha querido revelarnos el nombre de esa amiga suya.

—No ha podido, teniente, que no es lo mismo —corrigió Jack, volviendo los ojos hacia el millonario, que seguía con su cara de vinagre—. ¿Y sabe por qué no ha podido? Porque esa amiga no existe, es invención suya.

Donald Reynolds apretó las mandíbulas con rabia.

—No crea que esto va a quedar así, Buchanan. Usted me robó el diamante Nefer-Nefer, y pagará por ello. Si la policía no puede demostrarlo, contrataré el mejor investigador privado del país, y él, además de recuperar el diamante, le desenmascarará a usted.

Jack se rascó detrás de la oreja.

—Dudo mucho que pueda usted contratar al mejor investigador privado del país, señor Reynolds.

—¿Por qué?

—Porqué el mejor soy yo, y yo jamás trabajaría para usted.

—¡Así se replica, Jack! —exclamó Lauren Welby.

Marjorie Reynolds se cubrió la boca con la mano, para que su padre no la viese reír. El millonario, que había enrojecido de ira, señaló bruscamente la puerta y ordenó:

—¡Fuera de mi casa, Buchanan! Jack sonrió.

—No me lo dirá dos veces, señor Reynolds. ¿Puedo llevarme mis cosas, teniente Hendrix? —señaló el maletín abierto.

—Sí, no hay inconveniente —autorizó Hendrix.

Jack se acercó a la silla en la que descansaba su maletín, lo cerró, y lo cogió por el asa. Se aproximó a la hija del millonario y le tendió la mano.

—Ha sido un placer conocerla, Marjorie.

—Lo mismo, Jack —sonrió ella, estrechando la diestra del investigador.

—Adiós.

—Adiós, no, Jack. Hasta pronto —respondió la joven, en tono bajo.

Jack soltó la mano de Marjorie Reynolds y se acercó a Lauren Welby, a la cual tomó del brazo.

—Vámonos, Lauren.

La joven echó a andar.

—Un momento, Buchanan —rogó el teniente Hendrix—. Nosotros también nos vamos. Adiós, señor Reynolds. ¿Señorita Reynolds...? —se despidió también de la hija del millonario.

—Adiós, teniente —correspondió Marjorie, con mía suave sonrisa.

El teniente Hendrix y el sargento Coughran caminaron hacia la puerta, saliendo del salón en compañía de Jack Buchanan y Lauren Welby.

Roger, el mayordomo, que aguardaba fuera, los acompañó hasta la puerta.

Los cuatro salieron de la casa.

Delante de ésta se encontraban dos automóviles: el de la policía, y el «Dodge» negro del investigador.

—¿Quién trajo mi coche hasta aquí, teniente? —preguntó Jack.

—Rudy —respondió Hendrix—. Fue él quien le encontró a usted, tendido cerca del coche. Lo subió a él y le trajo a la casa. Mientras tanto, Donald Reynolds ya nos había telefoneado, dándonos cuenta del robo del diamante Nefer-Nefer. Después nos explicó que él se encontraba en la cama, durmiendo tranquilamente, cuando oyó unos ruidos extraños en el salón donde se hallaba el diamante. Se levantó precipitadamente, se enfundó la bata, y corrió hacia el salón. Allí se encontró a Rudy en el suelo, atado y amordazado. Los ruidos que le habían despertado los producía Rudy, al golpear la puerta con los pies. Éste le explico lo que había sucedido. Cerca de la casa encontraron, dormidos, a Bric y a Lou. También a los tres perros.

Jack sonrió.

—Donald Reynolds es un embustero de primera, teniente. Después de presenciar cómo el tipo contratado por él me golpeaba en la cabeza, regresó rápidamente a la casa, se desnudó, se puso el pijama y se metió en la cama. Y de la casa debió salir después de que yo dejara dormidos a los perros y a los dos tipos que vigilaban los alrededores de ella.

De este modo, nadie le vio salir ni entrar en la casa. Sumamente astuto, el millonario...

El teniente Hendrix no dijo nada. Jack añadió:

—Sólo un detalle se le escapó: Lauren Welby. Debió Sospechar que yo la nombraría, porque era el único modo de demostrar que él estuvo en mi apartamento. Quizá debió pensar que su palabra pesaría mucho más que la mía y la de Lauren, y que usted le creería a él, no a nosotros. De todos modos, sigo pensando que Donald Reynolds cometió un error. No le hubiera sido nada difícil prepararse una coartada. Me refiero a pagar a alguien, para que luego confirmase que ese día y a esa hora, Donald Reynolds se encontraba con él. O con ella, caso de ser una mujer. ¿No le parece a usted, teniente?

—No sé, Buchanan, no sé... Todo lo sucedido es tan confuso...

—Ya se aclarará, no se preocupe.

—Eso espero. Usted, por ahora, no abandone la ciudad sin mi permiso —prohibió Hendrix.

—Descuide, no pensaba hacerlo.

—Vamos, sargento.

El teniente Hendrix y el sargento Coughran se introdujeron en su coche. Jack abrió la portezuela de su «Dodge».

—Sube, Lauren.

La joven entró en el coche.

Jack dio la vuelta y subió por el otro lado, arrojando su maletín sobre el asiento de atrás.

Acciono la llave de contacto y el motor se puso en funcionamiento. El «Dodge» arrancó suavemente y empezó a alejarse de la casa.

El coche de la policía rodaba a mayor velocidad, por lo que pronto se perdió de vista. Jack miró un momento a Lauren.

La joven estaba seria, muy seria, con los ojos fijos en la carretera. Jack carraspeó.

—Todavía no te he dado las gracias, Lauren.

—No tienes por qué dárme las —respondió secamente ella, sin mirarle—. Me limité a cumplir con mi obligación.

—Eso no es verdad. Recuerda que en un principio mentiste, creyendo ayudarme con ello...

—Fue un error, no debí mentir por ti. No te lo merecías.

—Ya sé que no. Pero lo hiciste, Lauren.

—Fue una equivocación, ya te lo he dicho. Jack guardó silencio. Segundos después, sin embargo, lo rompía:

—Lauren, respecto a lo de la otra noche... Ella le cortó:

—No quiero hablar de lo de la otra noche, Jack.

—Sólo quiero decirte que lamento lo que sucedió.

—No seas cínico.

—De veras, Lauren.

—Lo que tú lamentas es no haber podido llegar hasta el final, por culpa de Donald Reynolds.

—En aquel momento, sí, lo confieso. Ahora, sin embargo, me alegro de que no sucediera nada irremediable.

—No te creo.

—Ya sé que no me crees, pero es la verdad.

—¿A cuántas chicas has seducido, con la ayuda de Tommy King? Jack sonrió.

—No recuerdo exactamente el número, pero, desde luego, han sido bastantes. Lauren giró bruscamente la cabeza y le miró, con las pupilas destellantes.

—¿Y todavía tienes la desvergüenza de, confesarlo...?

—Ellas no eran como tú, Lauren.

—¿Qué quieres decir?

—Que todas habían estado ya alguna vez en brazos de otros hombres, y habían llegado hasta el epílogo con ellos.

—¿Epílogo? —Parpadeó la joven, sin comprender.

—Hasta el final, mujer.

—Ya.

—Por eso no lamento haber hecho el amor con ellas, ni me siento responsable de nada. Ninguna de esas chicas puede acusarme de haber sido el primero. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¡Que todas eran unas fulanas baratas, vamos!

—No, no, eso tampoco. Sencillamente, eran chicas que pensaban de Un modo distinto a cómo piensas tú, por ejemplo. Para ellas, hacer el amor con un hombre que les atrae, no tiene ninguna importancia. Lo encuentran lógico y natural...

—¡Porque son todas unas zorras de campeonato!

—Son partidarias de la libertad sexual, eso es todo.

—¡También se les puede llamar de muchas otras maneras, todas ellas muy feas!

—Lauren, el mundo está cambiando...

—¡Siempre ha habido chicas decentes, y siempre las habrá!

Aunque cada vez menos, por desgracia. No para ti, claro, que las prefieres de las otras, de las que se dejan tocar y probar como si fueran melones, por todo aquel que les resulte atractivo o simplemente simpático.

—Yo deseo que siga habiendo chicas decentes, Lauren, porque el día que decida perder mi soltería, tendí que escoger entre ellas. Las otras, las que se dejan tocar y probar como si fueran melones, como tú has dicho, vienen muy bien para divertirse con ellas, pero es muy problemático casarse con una chica así. Lo más probable es que te la pegase en plena luna de miel con algún empleado del hotel.

—¡Acabas de decir una verdad como un templo! Jack la miró.

—Todavía podemos ser amigos, Lauren.

—¡Ni lo sueñes!

—Prometo no volver a propasarme contigo.

—¿Y quién cree en tus promesas?

—Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad.

—No seré yo quien te la dé a ti.

—Me gustas, Lauren, de verdad...

—Pues ya puedes empezar a olvidarme, porque tú a mí no me gustas nada.

—Eso no es cierto. En mi apartamento confesaste que...

—Ha llovido mucho desde entonces.

—No ha caído una sola gota en estos tres últimos días. Los ojos de la joven destellaron.

—No te hagas el gracioso conmigo, Jack.

—Perdona, se me escapó el chisté. Lauren guardó silencio.

Jack, tras un carraspeo, preguntó:

—¿Quieres que ponga la radio, Lauren?

—Haz lo que te dé la gana. El coche es tuyo, ¿no?

—Bueno, no del todo. Me quedan cuatro plazos por pagar, todavía. Jack puso la radio en funcionamiento.

Casualmente, en aquellos momentos estaba sonando un disco de Tommy King. La canción se llamaba: Fuiste mía en un «Chevrolet» azul.

—¡Quita eso inmediatamente! —gritó Lauren, sintiéndose enrojecer.

—¡Que vamos en un «Dodge», y es negro...!

—¡Quítalo te digo!

Jack se apresuró a desconectar la radio.

—Hala, ya está quitado —gruñó.

No volvieron a hablar hasta llegar frente al edificio en donde vivía Lauren. Jack detuvo el coche.

La joven descendió inmediatamente.

—Lauren... —llamó Jack.

Ella le miró por la ventanilla.

—¿Qué?

—¿Cenamos juntos esta noche? —propuso Jack.

—No.

—Sólo cenar, no pienses mal...

—Piensa mal y acertarás.

—Eres injusta conmigo, Lauren.

La joven dio media vuelta y se dirigió hacia el portal del edificio, el cual cruzó rápidamente.

Su apartamento estaba en el segundo piso. Segundos después, entraba en él.

Lauren consultó su reloj.

Era aún muy temprano, por lo que decidió acostarse otra vez.

Como era sábado, no tenía que acudir a la oficina en la cual trabajaba. Lauren se dirigió a su dormitorio.

Ya se había quitado el blusón y los ajustados pantalones, cuando sonó el timbre de su apartamento Lauren se puso la bata, que descansaba sobre la banqueta del tocador, y acudió a abrir. Estaba segura de que era Jack Buchanan quién había llamado, sin duda con el propósito de seguir insistiendo con lo de la cena.

Ella le quitaría las ganas de insistir.

De una bofetada, si era preciso.

Lauren abrió la puerta casi con brusquedad. Se quedó petrificada.

No, no era Jack Buchanan quién había llamado, sino un tipo de rostro duro como el granito.

El individuo, además, empuñaba una pistola automática, provista de tubo silenciador. Y le apuntaba con ella, al estómago.

Lauren sintió deseos de gritar.

Pero se le fueron en el acto cuando oyó decir fríamente al tipo:

—Si cometes la torpeza de ponerte a gritar, apretaré el gatillo y tendrás tres ombligos en vez de uno.

CAPÍTULO VIII

Jack Buchanan se encontraba bajo la ducha.

Masculló una imprecación cuando oyó que sonaba el timbre de su apartamento.

Si algo molestaba de verdad al investigador, era que llamasen a su puerta cuando se hallaba bajo la ducha.

Cerró la llave del agua y atrapó la toalla de baño, con la cual procedió a secarse el cuerpo con rapidez.

Después, se fundó la bata, introdujo los pies en las zapatillas de goma, y salió del cuarto de baño.

El timbre sonó por segunda vez, con más insistencia que antes.

—¡Ya voy, ya voy! —gritó Jack. Alcanzó la puerta y abrió.

Quedó muy sorprendido al descubrir a Marjorie Reynolds.

—Marjorie... —musitó apenas.

La joven, que lucía un bonito vestido, ligero, cortísimo, sin mangas y con pronunciado escote, sonrió divertida.

—¿Estabas en la ducha, Jack?

—Pues, sí.

—Oh, cuánto lo siento...

—¿Por qué? ¿No te gustan los hombres curiosos? —bromeó Jack, correspondiendo al tuteo iniciado por Marjorie.

La joven rió.

—¡Por supuesto que sí!

—¿Quieres pasar, Marjorie? —invitó Jack.

—¡Claro! No he venido para quedarme en la puerta.

—Adelante.

Marjorie penetró en el apartamento del investigador.

Jack cerró la puerta y se quedó junto a ella, mientras la hija de Donald Reynolds lo curioseaba todo con los ojos.

—De modo que ésta es tu guarida, ¿eh, Jack?

—Sí.

—Me gusta.

—A mí también. No es grande, pero...

—Pero sí íntima.

—Sí.

La joven se volvió hacia él.

—¿Qué haces ahí, parado junto a la puerta?

—No quiero que te escapes. Marjorie rió de nuevo.

—¿Y quién tiene ganas de escaparse? Vamos, acércate. Jack fue hacia ella.

Marjorie elevó los brazos y los pasó por el cuello del investigador. Jack apoyó las manos suavemente sobre las caderas femeninas.

Se miraron largamente a los ojos.

—¿A qué has venido, Marjorie? —preguntó Jack.

—¿De veras no lo adivinas? —preguntó ella a su vez.

—¿Sabe tu padre qué...?

—¡No...!

—¿Y qué sucedería si él se enterase de que tú y yo...?

—No se enterará Jack, y si se enterase, me da igual. Soy mayor de edad, puedo hacer lo que me venga en gana y con quién me apetezca. Y se da la circunstancia de que en estos momentos me apetece tú. A decir verdad, sentí deseos de encontrarme contigo a solas desde que te conocí.

Jack sonrió.

—De eso sólo hace unas pocas horas...

—Hubiera venido antes, pero pensé que querías dormir un poco.

—Pensaste bien, Marjorie. Necesitaba reponer fuerzas, después del cachiporrazo que me dieron anoche.

—¿Y las has recuperado? Las fuerzas, se entiende...

—Sí, por completo.

Marjorie sonrió maliciosamente.

—Me alegro, porque te van a hacer falta —dijo, y seguidamente pegó su boca a la del investigador.

Jack, cubierto sólo con los pantalones del pijama, se hallaba sentado en el sofá, descansando las piernas sobre la mesa ratona.

Consumía pausadamente un cigarrillo, cuyo humo lanzaba hacia arriba redondeando los labios, formando anillos blanquecinos.

Desde el *living* percibía el rumor de la ducha.

Era Marjorie Reynolds quien la estaba utilizando.

Jack se imaginó el agua resbalando por el cuerpo de la atractiva pelirroja. Y qué cuerpo...

Joven. Terso. Ardiente.

Una maravilla, en suma.

Jack se consideraba un experto en técnicas amatorias, pero era muy poco, o casi nada, lo que podía enseñar a la hija del millonario.

Marjorie tampoco se chupaba el dedo en ese aspecto. Ni mucho menos.

Jack interrumpió sus pensamientos al oír que cesaba el rumor del agua que caía de la ducha.

Marjorie no tardaría en salir del baño.

Así fue, no tardó ni un minuto.

Apareció descalza y envuelta en una toalla. Bueno, no demasiado envuelta.

Más bien poco envuelta, pues eran muchos los centímetros de piel —de una piel que se adivinaba húmeda todavía— que quedaban al descubierto, tanto por arriba como por abajo.

Jack se quedó mirándola.

Ella, que se había detenido a unos dos metros de él, sonrió maliciosa.

—¿No me dices nada, Jack?

—Eres un melón delicioso, Marjorie. La hija de Donald Reynolds pestañeó.

—¿Cómo me has llamado?

Jack, que había dicho aquello recordando las palabras de Lauren Welby, pronunciadas aquella misma mañana: «Tú las prefieres de las otras, de las que se dejan tocar y probar como si fueran melones», empezó a reír.

—Olvidalo, Marjorie.

—¡Me has llamado melón! ¡Delicioso, pero melón!

—Sólo era una broma, mujer. Anda, acércate —rogó, dejando el cigarrillo en el cenicero y estirando los brazos hacia ella.

Marjorie fue hacia él y se sentó sobre sus piernas.

—No vuelvas a llamarme melón, aunque sea en broma —advirtió, ligeramente enfadada.

Jack la rodeó con sus brazos.

—¿No vas a darme un besito, meloncito mío?

—¡Acabo de decirte que...!

Jack la besó ardientemente en los labios.

Marjorie se olvidó al instante de que el investigador la había llamado «meloncito mío» y le echó los brazos al cuello, devolviéndole el beso con idéntica pasión.

La mano de Jack fue hacia el punto donde quedaba sujeta la toalla, pero no llegó a consumar su propósito, pues Marjorie se apartó de él al adivinar sus intenciones.

—La toalla se queda dónde está, Jack —dijo, sonriendo.

—Estaría mejor en el toallero —repuso el investigador.

—Tenemos que hablar, Jack.

—Podemos hablar lo mismo con toalla que sin toalla —respondió Jack, realizando una segunda intentona.

—No, seguro que no —dijo Marjorie, impidiéndole que le desenganchara la toalla—. Te distraerías y no prestarías la debida atención a mis palabras.

—A tus palabras, puede que no, pero a todo lo demás... —repuso Jack, bajando la mirada ligeramente.

—¿Lo ves?

—No, no lo veo; me lo tapa la toalla. Marjorie sacudió la cabeza, riendo.

—No me refería a mi busto, Jack, y tú lo sabes. Jack suspiró.

—De acuerdo, Marjorie. ¿Qué es lo que quieres decirme?

—Que no he venido solo a pasarlo bien contigo.

—¿Ah, no?

—No, Jack. También he venido por otra cosa.

—Bien, tú dirás...

—Quiero contratarte, Jack.

—¿Contratarme? —repitió el investigador, sorprendido.

—Sí.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser, hombre? Para que recuperes el diamante Nefer-Nefer, naturalmente.

—Ese valioso pedrusco sigue en manos de tu padre, Marjorie, no es necesario que nadie lo recupere.

—Mi padre no lo tiene, Jack, estoy segura. Tan segura como que

tú tampoco lo tienes.

—De eso último sí que puedes estar absolutamente segura. Yo sé lo devolví a tu padre a los pocos minutos de robarlo.

—Se lo devolviste a un hombre que se parece a mi padre como una gota de agua a otra.

—No puedo admitir esa posibilidad, Marjorie.

—¿Por qué no? Es bastante frecuente encontrar parecidos asombrosos entre personas que ni siquiera son parientes.

—Eso es cierto. Pero hay algo que demuestra que fue tu padre, y no otro hombre que se le pareciese mucho, quien estuvo aquí, en mi apartamento, el martes por la noche: sabía que había tres perros y dos hombres armados con pistolas vigilando los alrededores de la casa, conocía perfectamente la distribución de la misma, sabía que el diamante Nefer-Nefer se encontraba en el salón del piso alto, que la puerta de dicho salón estaba cerrada por dentro con un grueso cerrojo, que un tercer hombre, armado con una metralleta, se hallaba en su interior, custodiando la urna que protegía el pedrusco...

Marjorie Reynolds había palidecido.

—¿Es verdad eso, Jack? —musitó.

—¡Pues claro que es verdad! Por eso fui capaz de llegar hasta el diamante y apoderarme de él, porque conocía de antemano las dificultades que tendría que vencer. Y las conocía porque tu padre me las enumeró una por una. Las medidas de seguridad adoptadas por tu padre, para impedir el robo del diamante, no podían conocerlas más que él, tú, y las personas que están a vuestro servicio en la casa. De ahí que yo no pueda admitir la posibilidad de haber sido engañado por un hombre de físico idéntico al de tu padre, Marjorie, sino por él mismo.

La joven bajó la mirada. Jack le acarició una mejilla.

—Lo siento por ti, Marjorie. Ella le miró.

—Pese a todo, Jack, no creeré que haya sido cosa de mi padre mientras alguien no me lo demuestre.

Jack sonrió.

—Quieres mucho a tu padre, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Se nota.

—¿Podrías encargarte tú de demostrar que mi padre sigue

teniendo el diamante Nefer-Nefer, Jack?

—Nada me gustaría más, Marjorie.

—Pues, adelante. Yo te contrato para ello.

—Si lo logro, me odiarás...

—Es posible. De momento, sin embargo, me sigues gustando mucho —dijo Marjorie, y pegó su boca a la del investigador.

Mientras le devolvía el beso, Jack deslizó su mano hacia el punto donde se sujetaba la toalla.

Esta vez, la hija del millonario no hizo nada por impedirlo.

Jack se disponía a hacer caer la toalla, cuando llamaron a la puerta. Marjorie se separó de él.

—¿Esperabas a alguien, Jack?

—No...

—Pues, sea quien sea, es la mar de inoportuno, ¿no crees?

—De lo más inoportuno —asintió Jack.

—¿Qué hago yo ahora, Jack?

—Ocúltate en mi dormitorio.

Marjorie se levantó y corrió silenciosamente hacia el cuarto del investigador, donde se introdujo, cerrando la puerta.

Jack, que ya se había puesto en pie, acudió a abrir. Su sorpresa fue mayúscula cuando, al tirar de la puerta, descubrió a Donald Reynolds.

CAPÍTULO IX

Los labios del millonario dibujaron una sonrisa.

—Buenos días, señor Buchanan. Jack no respondió.

Siguió mirando fijamente al padre de Marjorie, serio.

—¿Me permite entrar? —preguntó Donald Reynolds.

—No —respondió Jack.

El millonario pareció sorprenderse.

—¿Por qué no? ¿Acaso no está usted solo, señor Buchanan?

—Sí, estoy solo —mintió el investigador.

—¿A qué viene, entonces, esa falta de cortesía?

—Usted me echó de su casa, ¿no? Pues yo no le dejo entrar en la mía y estamos en paz. Donald Reynolds sonrió extrañamente.

—Yo no le eché de mi casa, señor Buchanan.

—Qué mala memoria tiene usted, señor Reynolds.

—Deje de llamarme señor Reynolds.

—¿Se avergüenza de su apellido...? —preguntó Jack, irónico.

—Reynolds no es mi apellido. Ni Donald mi nombre. Jack entrecerró un ojo.

—¿Qué es lo que está tramando ahora, señor Reynolds?

El hombre que negaba ser Donald Reynolds continuó con aquella extraña y misteriosa sonrisa en los labios.

—Le repito que yo no soy Donald Reynolds, señor Buchanan, aunque a usted le cueste creerlo. Yo soy el tipo que estuvo aquí la otra noche, haciéndose pasar por el millonario. Somos tan parecidos físicamente, que nadie sería capaz de saber quién es uno y quién el otro.

Jack no dijo nada.

—¿Va a dejarme entrar ahora, señor Buchanan? El investigador dudó unos instantes.

Finalmente, se apartó del hueco de la puerta.

—Gracias, señor Buchanan —dijo el hombre, entrando en el

apartamento. Fue directamente hacia el sofá y se sentó en él.

Miró al investigador.

—Venga, señor Buchanan, tenemos que hablar.

Jack cerró la puerta y se acercó al sofá, sentándose también.

—¿Cómo quiere que le llame, señor Reynolds?

—Sam es mi nombre.

—Ya.

—¿No se lo cree?

—Oh, sí, claro que le creo.

—No, no es cierto. Usted sigue pensando que yo soy Donald Reynolds, el millonario, y cree que ahora estoy representando una farsa.

Jack no contestó.

El hombre que decía llamarse Sam sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Se equivoca, señor Buchanan, se equivoca. La farsa la representé el martes por la noche, cuando vine a contratarle para robar el diamante Nefer-Nefer. Y seguí representándola el viernes por la noche, cuando me entregó usted el valioso diamante. El supuestamente valioso diamante, claro.

Jack entornó los ojos.

—¿Supuestamente...?

El hombre dio un suspiro.

—Sí, eso he dicho, señor Buchanan. El diamante que usted robó, era falso.

—¿Falso?

El tipo asintió con la cabeza.

—Sí, señor Buchanan, más falso que Judas. Una lástima, ¿verdad? Después del Trabajo que nos tomamos usted y yo...

Jack guardó silencio.

El hombre también se mantuvo callado.

En vista de que iban transcurriendo los segundos, y el visitante no rompía el silencio, Jack inquirió:

—¿A qué ha venido usted, señor Reynolds?

—Sam, le he dicho que me llamo Sam...

—¿A qué ha venido usted, Sam? —repitió la pregunta Jack.

—A rogarle que vuelva usted esta noche a la casa de Donald Reynolds y trate de encontrar el auténtico diamante Nefer-Nefer.

Me gustaría decirle dónde puede estar, pero no tengo la menor idea. El millonario es un hombre muy astuto, lo demostró al colocar una reproducción exacta del diamante en el lugar que éste debía ocupar. Por lo visto, no confiaba demasiado, y hacía bien, en las medidas de seguridad adoptadas por él para impedir el robo de la valiosa joya. Debe de tenerla escondida en algún lugar que solamente él conoce... Pese a todo, yo confío en usted, señor Buchanan. Sé que, con un poco de suerte, encontrará el diamante.

—¿Y cuándo lo haya encontrado...?

—Me lo entregará a mí, naturalmente, como hizo con el falso.

—Y ese amigo suyo, el que me atizó anoche en la cabeza, me soltará otro cachiporrazo. El hombre rió.

—No, esta vez no habrá cachiporrazo, señor Buchanan. Le doy mi palabra.

—¿Y por qué tuvo que haberlo anoche, amigo Sam?

—Porque yo no dispongo de diez mil dólares, que era la suma que debía entregarle.

—Ya. ¿Y por cuánto piensa contratarme esta vez?

—Por nada.

Ahora fue Jack quien rió.

—¿De veras espera usted que yo haga de ladrón de verdad, gratis...?

—Sí.

—¡Es usted un ingenuo, amigo Sam!

—Lo hará usted, señor Buchanan, lo hará.

—Está usted chiflado. Tratándose de un robo de verdad no lo comería ni aunque me ofreciese usted diez veces diez mil dólares. Ni por cien veces diez mil dólares. ¿Cómo puede ni siquiera pensar, pues, que voy a comerlo gratis?

—Porque la vida de cierta amiga suya, depende de ello. Jack palideció visiblemente.

—¿A qué amiga se refiere usted?

—A la que estaba con usted la otra noche, esa rubia tan bonita y tan bien formada que dijo que yo era su padre y me dio un sonoro beso en la frente. Lauren Welby, se llama. Jack endureció los músculos del rostro.

—¿La tiene en su poder?

—Así es —asintió el hombre—. La misma persona que le golpeó

a usted anoche en la cabeza, se presentó esta mañana en el apartamento de la chica, poco después de que usted se despidiese de ella, y la obligó a acompañarle a determinado lugar.

Jack apretó los puños.

—Si le han hecho algún daño...

—Tranquilícese, señor Buchanan, su amiga no ha sufrido ni un rasguño. Ni lo sufrirá tampoco, si usted se presta a colaborar.

—A robar el diamante Nefer-Nefer, querrá decir.

—Exacto. Consiga usted el diamante, y su amiga Lauren quedará en libertad, sana y salva.

—¿Y si no logro encontrarlo?

—¿Es necesario que se lo diga, señor Buchanan?

—Matarán ustedes a Lauren.

—Sintiéndolo mucho, conste —repuso cínicamente el tipo. Jack lo agarró por la camisa y levantó el puño.

—Es usted un...

—No se le ocurra golpearme, señor Buchanan. Sería un error por su parte, pues la chica sufriría las consecuencias. Y no querrá usted que ella sufra por su culpa, ¿verdad?

Jack, tras unos segundos de vacilación, soltó al tipo. Éste sonrió, mientras se arreglaba la corbata.

—Así está mejor, señor Buchanan —dijo, poniéndose en pie. Jack continuó sentado.

El hombre preguntó:

—Volverá usted a la casa de Donald Reynolds esta noche, ¿verdad, señor Buchanan?

—Sí —respondió Jack, con voz ronca.

—Magnífico.

El tipo caminó hacia la puerta.

Antes de abrirla, se volvió hacia el investigador.

—Adiós, señor Buchanan. Y no se preocupe por su amiga, ella estará bien. Seguidamente, el hombre abandonó el apartamento del investigador.

Éste quedó sumido en profundos pensamientos.

Pensamientos que fueron rotos por el leve chirrido producido por una puerta al abrirse lentamente.

Era la puerta del dormitorio del investigador. Y Marjorie Reynolds, quien la abría.

El bello rostro de la pelirroja asomó por el hueco.

—¿Se ha ido ya el tipo, Jack? —preguntó, en tono muy bajo.

Jack, que había olvidado que la hija del millonario se encontraba oculta en su cuarto, respondió:

—Sí, acaba de marcharse.

Marjorie abrió más la puerta y salió del dormitorio del investigador, envuelta todavía en la toalla de baño.

Se acercó a Jack Buchanan y se sentó a su lado, con las facciones recubiertas por una perceptible palidez.

—Lo he oído todo, Jack...

—Lo supongo.

—Me hubiera gustado ver la cara del tipo, pero no me atreví a abrir la puerta, por temor a que él pudiera descubrirme.

—Hiciste bien.

—Tiene un timbre de voz muy parecido al de mi padre...

—Más que parecido, Marjorie; lo tiene idéntico. Todo lo tiene idéntico.

—Ese hombre no era mi padre, Jack.

—Yo sigo pensando que sí, Marjorie.

—¡Jack!

—Lo siento, Marjorie, pero he sido sincero contigo hasta ahora y quiero seguir siéndolo. No sé lo que pretende tu padre esta vez, pero estoy seguro de que era él.

—¡Estás equivocado, Jack! ¡Tienes que estarlo!

—¿Has olvidado ya lo que te dije antes, Marjorie? El hombre que me contrató para robar el diamante Nefer-Nefer conocía con todo detalle las medidas de seguridad adoptadas para...

—¡Antes no tenía explicación para justificar eso, Jack, pero ahora sí! —le interrumpió la joven.

Jack sonrió ligeramente.

—¿Cuál es esa explicación, Marjorie?

—El tipo que se parece tanto a mi padre puede haber obtenido toda esa información por medio de alguna de las personas que actualmente viven en nuestra casa, a cambio de una fuerte suma de dinero. Rudy, Bric, Lou... Cualquiera de ellos puede haberse vendido. Incluso Roger, el mayordomo. O alguna de las sirvientas.

Jack se acarició la barbilla.

—Sí, admito que eso es probable, pero...

—¿Pero?

—Hay más cosas, Marjorie.

—¿Cómo por ejemplo?

—Que tu padre no puede demostrar dónde estuvo el martes por la noche, a eso de las once menos cuarto.

—¡Puede, pero no quiere! —corrigió Marjorie—. No desea mezclar en el asunto a la mujer en cuya casa se encontraba a esa hora.

—¿Ni siquiera por recuperar un pedrusco de medio millón de dólares? —observó Jack.

—¿Olvidas que el auténtico diamante Nefer-Nefer, lo sigue teniendo mi padre? —recordó la joven—. El que tú robaste, y entregaste al doble de mi padre, era falso.

Jack la miró a los ojos con fijeza.

—¿Tú sabías que el diamante que guardaba la urna era falso, Marjorie?

—No, no lo sabía. Yo creía que era el auténtico.

—¿Y cómo se explica que tu padre no te dijese que...?

—Hizo muy bien en no decírselo a nadie, ni siquiera a mí.

—Pero es que tampoco se lo dijo, tras el robo, a la policía... —observó Jack.

—Sin duda lo hizo para que tuviesen más interés en recuperarlo.

—Sí, es posible.

Marjorie le pasó el brazo por el cuello y sonrió cariñosamente.

—Al menos una cosa ya ha quedado demostrada, Jack: que tú no robaste el diamante por tu cuenta, ni de verdad, sino que fuiste engañado por un hombre cuyo parecido físico con mi padre es extraordinario, o... por mi propio padre. Yo he sido testigo de ello. Se lo diré al teniente Hendrix, si quieres.

—Se lo dirás, sí, pero en su momento. Ahora, quiero que hagas otra cosa.

—¿Mandar la toalla a la porra, por ejemplo...? —preguntó la hija del millonario, llevándose una mano al punto donde la toalla quedaba sujeta.

Jack sonrió, mientras le pellizcaba la nariz.

—No, Marjorie. Lo que quiero es que cojas el teléfono.

—Qué desilusión...

—Hazlo, por favor...

—¿Dónde quieres que llame? —preguntó la joven, descolgando el auricular y llevándoselo al oído derecho.

—A tu casa.

Marjorie le miró, con extrañeza.

—¿A mi casa...?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para saber si está tu padre.

—¿Y si está...?

—Habrá quedado demostrado que tu padre es tan inocente como yo, pues dada la distancia que separa vuestra casa de la ciudad, unos veinte kilómetros, aproximadamente, es imposible que el tipo que ha estado aquí hace unos pocos minutos, haya podido recorrerla.

La hija de Donald Reynolds dio un fuerte respingo.

—¡No se me había ocurrido, Jack!

—Pues a mí sí. Vamos, llama.

Marjorie disco el número sin perder un segundo más.

La ansiedad quedaba claramente reflejada en su bonito rostro. Jack estaba mucho más tranquilo que ella.

Como si supiera de antemano lo que iba a suceder.

—¿Roger...? —preguntó Marjorie, nerviosamente—. Soy Marjorie. Quiero hablar con mi padre, Roger... ¿Cómo...? —La joven comenzó a palidecer—. ¿Hace mucho, Roger...? Está bien. Gracias, Roger.

Marjorie dejó lentamente el auricular sobre las horquillas.

—¿Y bien, Marjorie...? —inquirió Jack.

—Mi padre salió de casa hace algo más de una hora, y todavía no ha regresado... —informó la joven, con profunda tristeza. Jack no hizo ningún comentario.

Alargó la mano hacia los cigarrillos, se puso uno en los labios y lo encendió.

—Ha sido una pena, ¿verdad? —murmuró Marjorie.

—¿Qué tu padre no estuviera en casa?

—Sí.

—Tal vez se deba a una simple casualidad.

—No, tú no piensas eso, Jack. Tú sigues estando convencido de que todo ha sido preparado por mi padre.

—Esta noche lo sabré.

—¿Acaso estás dispuesto a...?

—No tengo alternativa, Marjorie. Lauren Welby está en poder de tu padre, o de su doble. Tengo que volver por tu casa. Si el hombre que ha estado aquí, era tu padre, me habrá preparado una trampa, de la cual trataré de escapar como pueda. Si por el contrario, es verdad que existe un doble, simularé haber encontrado el auténtico diamante Nefer-Nefer, para que el tipo me lleve hasta Lauren.

—Eso es muy peligroso, Jack...

—Más peligrosa eres tú, y no te tengo ningún miedo —sonrió el investigador, y acto seguido la besó en los labios.

Como él sabía besar. Marjorie le devolvió el beso. Como ella sabía devolverlos.

Los segundos, para la toalla, estaban contados...

CAPÍTULO X

Sobre las dos de la madrugada, Jack Buchanan detuvo su «Dodge» a unos cuarenta metros de la tapia que rodeaba la casa de Donald Reynolds.

El investigador, que vestía totalmente de negro, como la noche anterior, cogió su maletín y salió del coche.

Se dirigió rápidamente hacia la tapia.

Una vez ante ella, dejó el maletín en el suelo y se izó a pulso, asomando la cabeza por encima de la tapia.

No vio a ninguno de los hombres de Donald Reynolds. Tampoco a los perros.

Jack se descolgó, atrapó el maletín y lo depositó suavemente sobre la tapia, izándose él de nuevo.

Pasó por encima de la tapia y se descolgó por el otro lado, silencioso como una sombra.

Alcanzó rápidamente el maletín y corrió, agazapado, hacia el seto más próximo a la tapia, donde se ocultó.

Decidido a esperar allí treinta largos minutos.

Si el hombre que había estado por dos veces en su apartamento, era realmente Donald Reynolds, mucho antes de que transcurriese la media hora se vería en dificultades, pues el millonario le estaría esperando escondido en algún lugar del extenso jardín, y no solo, eso seguro.

Si por el contrario, Reynolds era inocente, y todo había sido urdido por su doble, la media hora transcurriría de lo más apacible, sin problemas de ningún tipo.

Jack pensaba que sucedería lo primero. Pero se equivocó.

Transcurrieron los treinta minutos sin que nada sucediese.

A la vista de ello, Jack se dirigió de nuevo hacia la tapia y la salvó silenciosamente. Corrió hacia su coche, como la otra vez.

Y, también como entonces, cuando se disponía a entrar en su

automóvil, vio surgir por detrás de un árbol a Donald Reynolds.

O al doble de Donald Reynolds.

Eso, por el momento, no podía saberlo. Pero ya lo sabría, ya...

—Señor Buchanan —llamó el tipo, acercándose al investigador. Jack no se movió de donde estaba.

—¿Lo consiguió? —inquirió el hombre, con viva ansiedad.

—Sí, lo conseguí —mintió Jack.

—¿De veras?

—No estoy de humor para bromear —gruñó el investigador.

—¿Dónde estaba el diamante, señor Buchanan?

—En la caja fuerte.

—En la caja fuerte... —repitió el tipo, como si hablara consigo mismo—. ¿Y cómo diablos consiguió abrirla?

—Muy sencillo: marcando la combinación correspondiente. El hombre entrecerró los ojos.

—¿Y cómo sabía usted cuál era esa combinación?

—Estaba anotada en una pequeña libreta que encontré en uno de los cajones del escritorio del millonario.

—Qué suerte que encontrara esa libreta, ¿verdad? Jack no respondió.

El tipo levantó la mano derecha.

—Entrégume el diamante, señor Buchanan.

—¿Dónde está Lauren Welby? —preguntó Jack.

—En cierto lugar, ya se lo dije.

—Lléveme con ella.

—Desde luego —sonrió el hombre—. Pero antes, entrégume el diamante. Jack dijo que no con la cabeza.

—Le entregaré el pedrusco cuando usted me entregue, sana y salva, como prometió, a la chica.

—Me lo entregará ahora, señor Buchanan.

—No, amigo Sam, no se lo entregaré mientras no me cerciore de que Lauren está perfectamente.

—Tendrá que hacerlo, señor Buchanan, o Stephen le incrustará un par de plomos en la espalda.

Jack giró la cabeza lentamente.

Descubrió, a unos cuatro metros de él, a un individuo alto y fornido, de rostro duro como el granito.

Esgrimía una pistola automática, provista de silenciador.

—¿Tú eres Stephen? —preguntó Jack.

—Sí, Buchanan —asintió el sujeto.

—¿El que me propinó el cachiporrazo anoche?

—El mismo —sonrió desagradablemente el tipo.

—Y el que secuestró esta mañana a Lauren...

—Exacto.

—¿Querías hacerme un favor, Stephen? —preguntó Jack, girando el cuerpo hacia el sujeto, aunque sin perder de vista al otro, el que negaba ser Donald Reynolds.

Y hacía muy bien en negarlo. Él no era Donald Reynolds.

Jack ya no tenía ninguna duda al respecto.

El fulano que empuñaba la pistola, cínicamente, respondió:

—Si está en mi mano, cuenta con ello.

—Si volvemos a encontrarnos alguna vez, recuérdame que te rompa la cara a puñetazos. ¿Lo harás?

El individuo se echó a reír.

—Dudo mucho que volvamos a encontrarnos, Buchanan.

—El mundo es un pañuelo, Stephen.

—Pero el infierno es mucho más grande. Y yo, por ahora, no pienso ir por allí. —Yo tampoco.

—Sí, tú sí vas a ir, Buchanan. Yo te voy a mandar. Y a tu amiguita también, para que te haga compañía. Pero antes de alojarle un par de plomos en el corazón, me divertiré un rato con ella. La chica está como un «Jumbo» de bien.

—Cerdo asqueroso... —masculló Jack, con los músculos faciales atirantados.

—Venga el diamante, señor Buchanan —apremió el doble de Donald Reynolds, situándose a la izquierda del investigador.

Jack elevó el maletín lentamente, lo abrió, y metió la mano en él. Como si realmente fuera a sacar el diamante Nefer-Nefer.

Pero hizo otra cosa.

Empuñar su pistola, un arma de calibre 38, y apretar el gatillo.

La bala traspasó limpiamente el negro cuero del maletín y se incrustó en la caja torácica de Stephen, quien lanzó un alarido y se derrumbó, perdiendo su pistola.

Quedó inmóvil en el suelo, con los ojos cerrados, mientras su camisa se llenaba de sangre.

Jack extrajo rápidamente el arma y apuntó con ella al otro tipo.

—¿Le sirvo a usted otra bala calentita, amigo Sam?

—¡No, por favor...! —suplicó el hombre, pálido como un muerto y tembloroso como un flan.

—Deme su arma, rápido.

—No llevo ninguna.

—No lo creo.

—¡Es verdad! Regístreme si quiere. Jack lo hizo.

En efecto, el tipo no llevaba arma alguna. Jack se acercó a Stephen y le tomó el pulso. Lo intentó, al menos.

No pudo.

El tipo ya no tenía pulso, estaba muerto.

—Entre en el coche, vamos —ordenó Jack al doble de Donald Reynolds. El hombre se apresuró a obedecer.

—Ahí no, al volante —indicó el investigador.

El tipo ocupó la otra parte del asiento delantero. Jack se sentó a su lado y le apuntó con la pistola.

—Ponga el coche en marcha y lléveme con Lauren Welby —ordenó. El doble del millonario obedeció sin rechistar.

Seguía pálido. Y tembloroso.

A los pocos segundos de que el coche se pusiera en movimiento, Jack inició el interrogatorio:

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Herbert...

—¿Herbert qué?

—Herbert Wilson...

—¿Quién le facilitó la información que usted me transmitió para ayudarme a superar las dificultades que iba a encontrar en la casa de Donald Reynolds?

—Roger, el mayordomo...

—Conque el mayordomo, ¿eh?

—Sí...

—¿Cuánto le ofrecieron?

—Cincuenta mil dólares...

—Mucho dinero es eso, amigo Herbert. ¿Por qué tan generosos? El tipo se pasó la lengua por los labios.

—Stephen, que fue quien lo planeó todo, no pensaba pagarle en dólares, sino en plomo...

—Ya decía yo.

—De haber sabido antes la clase de individuo que era Stephen, no habría aceptado su proposición. Yo detesto la violencia, señor Buchanan.

—Dice usted que todo fue idea de Stephen...

—Así es. Me lo encontré hace un par de semanas en un bar. Fue en Houston, que es donde yo vivo. Yo no le conocía de nada. Él se acercó a mí y me rogó que le acompañase a una mesa apartada. Allí me explicó que yo me parecía increíblemente a cierto millonario de Dallas, llamado Donald Reynolds. Con otra ropa más elegante, un retoque del cabello, y unas lentillas para cambiar el color de mis ojos, más claros que los del millonario, aseguró que todo el mundo me tomaría por él, pues incluso teníamos el mismo timbre de voz. A continuación, me dijo lo que pretendía: robar el diamante Nefer-Nefer, valorado en medio millón de dólares. Seguidamente, me expuso su plan...

—Y usted aceptó.

—Sí, acepté. El plan me pareció bueno, no había ningún riesgo para nosotros. El robo, en realidad, iba a cometerlo otra persona por nosotros, que luego resultó ser usted. Si no tenía éxito, sería usted quien sufriese las consecuencias, no nosotros, pues nadie creería su historia, como así sucedió. El plan funcionó a la perfección, pero no sirvió de nada, pues el diamante que estaba en la urna era falso, no tenía ningún valor. Stephen ideó otro plan rápidamente: secuestrar a su amiga Lauren, para obligarle a usted a volver a la casa del millonario, en busca del auténtico diamante Nefer-Nefer.

Desgraciadamente, este segundo plan salió mal. Stephen ha muerto y yo me pasaré unos cuantos años en la cárcel...

—¿Le dijo Stephen por qué me eligió precisamente a mí? —preguntó Jack.

—Sí. Había oído decir que es usted un hombre inteligente, muy audaz, y no demasiado sobrado de dinero, en la actualidad... Le pareció el hombre ideal para de sarro llar su plan.

Jack Buchanan no hizo más preguntas.

Un rato después, Herbert Wilson detenía el coche ante una casa apartada, grande y vieja.

—Dentro está la chica, en el sótano —informó el doble de Donald Reynolds.

—Vamos, abajo —indicó Jack.

Descendieron ambos del vehículo y entraron en la casa. Herbert accionó el interruptor de la luz.

Después, condujo al investigador hasta el sótano, cuya luz, débil y amarillenta, permanecía encendida.

—¡Jack! —exclamó Lauren Welby, al tiempo que se le saltaban las lágrimas de alegría. Jack fue rápidamente hacia ella.

La joven, que vestía como por la mañana, tenía las manos atadas a un grueso poste.

—¿Te encuentras bien, Lauren?

—¡Sí, sí!

—Enseguida te desato.

Jack soltó a la muchacha en unos segundos, sin perder de vista a Herbert Wilson, por si el tipo intentaba escapar.

Lauren, apenas estuvo libre, se abrazó al investigador.

—¡Qué miedo he pasado, Jack! —confesó, entre sollozos. Jack la estrechó suavemente contra su pecho.

—Tranquilízate, Lauren. Ya no corres ningún peligro.

—El otro tipo, el llamado Stephen, tenía... tenía intención de violarme...

—Olvídalo. Stephen ha muerto, no podrá causarte ningún daño.

—Me alegro de que ese canalla haya muerto.

—Vamos, Lauren. Tengo que informar al teniente Hendrix de todo lo sucedido.

—Sí, salgamos de aquí...

Una vez que Jack Buchanan hubo informado de todo al teniente Hendrix, éste, el sargento Coughran, Herbert Wilson, Lauren Welby, y el propio investigador, se dirigieron a la casa de Donald Reynolds, seguidos por una ambulancia, cuyos ocupantes se hicieron cargo del cadáver de Stephen.

El millonario, como su hija, se encontraban en la cama, por lo que bajaron al salón, enfundados en sus respectivas batas.

Donald Reynolds se quedó boquiabierto al ver a Herbert Wilson.

—¡No es posible...! —exclamó, con voz ahogada—. ¡Este hombre es mi vivo retrato!

—Y que lo diga —sonrió William Hendrix.

—¿Ves como yo tenía razón, Jack? —exclamó Marjorie, mucho menos sorprendida que su padre.

—Sí, estabas en lo cierto, Marjorie —respondió el investigador. El millonario rogó:

—Teniente Hendrix, ¿le importaría explicarme...?

—Con mucho gusto, señor Reynolds. Antes, sin embargo, debemos detener a Roger, su mayordomo.

—¿A Roger...? —Parpadeó Reynolds—. ¿Por qué?

—¡Yo sé por qué, papá! —dijo Marjorie. El teniente Hendrix indicó:

—Sargento, vaya por el mayordomo.

—Sí, señor.

Ed Coughran salió del salón, regresando poco después con Roger, convenientemente esposado.

El teniente Hendrix se lo explicó todo a Donald Reynolds.

—¡Qué plan tan bien urdido...! —exclamó el millonario, asombrado.

—Menos mal que el diamante que puso usted en la urna, no era el auténtico... —comentó Hendrix.

Donald Reynolds sonrió.

—Sí, menos mal.

—¿Por qué lo hizo?

—Temía que alguien pudiera llegar hasta él, pese a las medidas de seguridad adoptadas por mí para impedir el robo del diamante Nefer-Nefer.

—¿No cree que, al menos a nosotros, debió decirnos usted que el diamante que le habían robado era una reproducción sin valor alguno, que el auténtico diamante Nefer-Nefer lo tenía usted guardado en otro lugar?

—Sí, debí decírselo, teniente. Le pido disculpas por no haberlo hecho. Y a usted también, Buchanan, por todo lo que le dije.

—También yo debo disculparme, señor Reynolds —respondió Jack—. Ambos nos tratamos mal, pero fue debido a las circunstancias.

El millonario miró a Lauren Welby.

—A usted también le debo una disculpa, señorita... Lauren sonrió, sin rencor alguno.

—Todos tenemos que disculparnos, señor Reynolds, porque, si usted me ofendió a mí, también yo le ofendí a usted. Por culpa de las circunstancias, como ya ha señalado Jack.

Poco después, el teniente Hendrix y el sargento Coughran abandonaban el salón, llevándose a Herbert Wilson y al mayordomo.

—Nosotros también nos vamos, señor Reynolds —dijo Jack.

—Adiós, Buchanan. Si alguna vez preciso los servicios de un investigador privado, no dude que le llamaré a usted.

—Le serviré con mucho gusto, señor Reynolds. Hasta la vista, Marjorie.

La hija del millonario, sin importarle la presencia de su padre, le acercó el rostro y le besó en los labios.

Donald Reynolds y Lauren Welby se quedaron perplejos.

—Nos veremos pronto, Jack —dijo Marjorie. El investigador miró a Lauren.

Comprendió rápidamente que a la joven le había molestado, y mucho, la atrevida acción de la hija del millonario.

—Vamos, Lauren —carraspeó, al tiempo que la tomaba del brazo. Dejaron los dos el salón y salieron de la casa.

Ya en el interior del «Dodge» de Jack, y de regreso a la ciudad, el investigador preguntó:

—¿Estás enfadada conmigo, Lauren?

—No —respondió ella, muy seria.

—Sí, sí que lo estás. Y yo sé por qué.

—¿De veras?

—Te ha sentado como un tiro que la hija del millonario me besara, confíesalo.

—Estás equivocado. ¿Por qué razón iba a sentarme mal que esa fresca te besara?

—Me gustaría que fuera por lo que yo estoy pensando.

—¿Y qué es lo que tú estás pensando, si puede saberse?

—Que te has enamorado de mí.

—¿Enamorada yo de ti? ¡Ay, qué risa, Marisa!

—¿No es verdad, Lauren?

—¡Pues claro que no es verdad!

—Es una pena, porque yo sí me he enamorado de ti.

—Vete a la porra, ¿quieres?

—¿No me crees, Lauren?

—¡Qué te voy a creer!

—¿Ni aunque te lo jure por la memoria de mi madre, a la que

quise como no te puedes imaginar?

Lauren se quedó mirando al investigador, sorprendida.

—¿Serías capaz, Jack? —murmuró.

—¿De jurarlo por ella? Ahora mismo, si me lo pides.

La joven se mordió el labio inferior.

—Supongamos que te creo, Jack... ¿Qué pasaría después?

—Bueno, eso depende. Si es verdad que tú no estás enamorada de mí, no pasaría nada.

—¿Y si lo estuviera...? —musitó la joven.

—Entonces, te pediría que te casases conmigo, que compartieras mi vida. Lauren abrió la boca, llena de perplejidad.

—¿Estás hablando en serio, Jack?

—Jamás hablé tan en serio, Lauren. Ella le apuntó con un dedo.

—Te advierto que si estás tramando algo sucio, soy capaz de...

Jack detuvo bruscamente el coche y se volvió hacia ella, enfadado.

—¿Por quién me tomas, Lauren, por un tipo sin escrúpulos? Ya te expliqué que si la otra noche me propasé contigo fue porque te tomé por una chica «melón».

La joven pestañeó.

—¿Por una chica qué...?

—Por una chica «melón». Ya sabes, de esas que se dejan tocar y probar por cualquiera que no les desagrade —explicó.

—Oh, entiendo —sonrió Lauren.

—Yo jamás me casaría con una chica «melón», también creo que te dije eso.

—Sí, también me lo dijiste.

—Pero sí me casaría contigo, Lauren —insistió el investigador, tomándola suavemente por la cintura.

Ella no protestó.

—Dime una cosa, Jack.

—¿Qué?

—¿Marjorie Reynolds es una chica «melón»? Jack sonrió, antes de responder: —Sí, Marjorie es una chica «melón».

—¿Y cuántas cortadas te has comido ya de ese apetitoso «melón»?

—Ninguna —mintió Jack.

—Dime la verdad o no me caso contigo.

—¿No me arañarás?

—No.

—Dos.

—¿Dos cortadas?

—Sí.

—¿Las dos hoy?

—Sí, esta mañana.

—Qué tío tan tragón...

—Dime que me quieres y no volveré a comer ninguna cortada de ese «melón» ni de ningún otro.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Lauren Welby sonrió maravillosamente.

—Te quiero, Jack. Me enamoré de ti desde el primer momento. Por eso accedí a subir a tu apartamento. Y me llevé un gran disgusto al ver que tú solo pretendías...

—Eso ya es pasado, Lauren. El presente es que yo también te quiero y deseo casarme contigo.

—Jack... —musitó la joven, entreabriendo los labios. Deseaba ser besada por el investigador.

Y él no la defraudó. Ni mucho menos.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

siempre en primera línea cuando se trata de ofrecer a los numerosos lectores que la honran con su adhesión los temas de mayor actualidad,

PRESENTA LA NUEVA SERIE TITULADA:

¡KIAI!

HÉROES DE LAS ARTES MARGIALES

a través de cuyos volúmenes se narra la epopeya de unos hombres que, sin otras armas que sus manos ni otro código que el de su peculiar filosofía, luchan esforzadamente por el

BIEN Y LA JUSTICIA

APARICION SEMANAL

RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 25 PTAS.

PARA TÍ, MUJER:
PARA TÍ QUE ERES SENSIBLE
AL SUFRIMIENTO AJENO:

¡LORENA!

EL PRIMER SERIAL ESCRITO POR
TU AUTORA PREFERIDA,

Corin Tellado,

QUE CONMOVERÁ LAS FIBRAS MÁS
SENSIBLES DE TU SER.

¡LORENA!

SIGUE SUS VICISITUDES A TRAVÉS DE
LAS 65 EMISORAS DE LAS CADENAS
REM - CAR Y CES, Y EN LOS
EPISODIOS CON FOTÓGRAMAS QUE
APARECEN TODAS LAS SEMANAS.

¡LORENA NECESITA TU COMPASIÓN!
¡AYUDALA EN SU DESESPERADA LUCHA
POR DEFENDER SU VIRTUD ACOSADA!

UNA EXCLUSIVA DE:



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

